

tenso. El descenso vespertino de la temperatura es suficiente para hacerlo descender después de haber recorrido distancias muchas veces considerables. Estas arañas aeronáuticas son los únicos representantes de los paracaídas animales.

El reino vegetal por el contrario cuenta con frutos y granos provistos de paracaídas que aseguran su diseminación por el viento. La industria humana ha concebido dos modelos de paracaídas: los paracaídas con hilos y los paracaídas con cúpulas; los primeros, que han quedado en estado de simples modelos de demostración, están compuestos por la reunión de hilos muy delgados que forman una especie de filigrama compleja de mallas muy cerradas; ofrecen gran resistencia al aire. Los segundos, los únicos utilizados, comportan una superficie hemisférica de concavidad vuelta hacia abajo; está unida por hilos de cierta longitud a la navecilla o a un cuerpo pesado. Unos y otros paracaídas se hallan entre los vegetales.

Frutos y sobre todo semillas están provistos de un revestimiento completo de pelos que funcionan como paracaídas con hilos. Semejantes frutos pertenecen a diversas familias, proteáceas de Australia y del Cabo (isopogon, *Protea*...) quenopodiáceas de Asia Central, poligonáceas del género *Calligonum* de Asia y Africa cuyos frutos desaparecen bajo una especie de almohadilla redondeada, compuesta de largos pelos de extremidades libres pero unidos entre sí formando una red complicada. Numerosas especies del género *Anémone*, ampliamente difundido, poseen frutos indehiscentes recubiertos de largos pelos blancuzcos y crespos; ciertas papilionáceas (especialmente el género *Adesmia Patagonum*) de los biotopos secos de Chile, Patagonia, Argentina, Perú, Bolivia, poseen vainas recubiertas de largos pelos ramificados como una pluma con barbas y bárbulas; los frutos de numerosos *Astragalus* están rodeados de una especie de fieltro compuesto de largos pelos.

Por último muchos aquenios de **Compuestas** africanas llevan un revestimiento de pelos densos que sustituyen a los paracaídas del 2º modelo ("el pappus") tan frecuente entre las Compuestas. Dos familias, las Malváceas y las Bombacáceas, poseen granos muy parecidos, totalmente erizados de pelos particularmente largos, que presentan interés industrial; pelos bellísimos y muy largos revisten los granos de las diferentes especies de *Gossypium* (algodonero);

compuestos de celulosa casi pura, estos pelos de paredes espesas y sólidas son ligeros y fáciles para tejer; por otra parte la calidad del pelo varía con las especies. Muchos géneros africanos de Bombacáceas tienen sus granos cubiertos de magníficos pelos blancos, grises, pardo-rojizo, brillantes como la seda; algo lignificados, son impropios para el tejido. Los granos de **Ceiba pentadra** (árbol del kapok), originario de América, introducido en Africa y Asia, llevan pelos lisos, de 5 cm de largo, en forma de tubo y ligeramente lignificados; constituyen un material muy apreciable para relleno de almohadones, colchones... Por su resistencia al agua, son utilizados como sustancia de relleno de salvavidas, de las escafandras.

Este revestimiento compuesto de hilos finos, muchas veces ramificados, que tiene aspecto de borra o de red, presenta cierta uniformidad morfológica y fisiológica; muy resistente, retarda la caída del fruto y del grano que muchas veces son conducidos a distancias más o menos importantes.

Los paracaídas con cúpulas o "pappus" o los dispositivos bastante próximos, son frecuentes entre los vegetales. Frutos y granos llevan en su extremo superior o en su base un conjunto de pelos largos y más o menos abundantes. Los frutos de algunas gramíneas (*Arundo donax*), cyperáceas (*Eriophorum*), quenopodiáceas, amarantáceas, presentan tales frutos; pero esta disposición es mucho más frecuente en los granos; un bello ejemplo es el de los álamos y sauces que llevan un espeso conjunto de pelos insertados en el funículo del grano; en el momento de la madurez, innumerables granos que descienden y giran como copos de nieve, atraviesan el aire y cubren el suelo de un algodón muy flojo.

Las dos paredes del pelo no tienen una estructura rigurosamente idéntica; esta diferencia engendra movimientos higroscópicos que aseguran el engrosamiento del conjunto en tiempos secos, favoreciendo así una mejor diseminación. Granos del mismo tipo se observan en ciertas tamaricáceas apocináceas, asclepiadáceas (*Asclepias*, *Calatropias*), enotéráceas (*Epilobium*), Bromeliáceas (*Tillandsia*). La forma más voluminosa pertenece a una apocinácea del Africa tropical (*Holalafia multiflora*), cuyo grano de 2 cms. de largo lleva un conjunto de pelos que alcanzan los 10 centímetros.

Otro dispositivo comprende pelos dispuestos regularmente en el extremo superior del fruto o del grano y cuyo con-

junto tiene una forma hemisférica; los pelos están erizados de pequeñas y finas bárbulas y raramente son lisos. Numerosos frutos de Compuestas entran en esta categoría; unos están formados por una simple corona de pelos o sedas lisas (*Aster*, *Erigeron*, *Tusilago*, *Crepis*, *Lactuca*, *Sonchus*, *Hieracium*) o barbulados (*Inula*, *Arnica*, *Carlina*) dispuestos sobre el borde superior del fruto; otros (fig. 4), poseen entre la corona de pelos y el fruto propiamente dicho un pedúnculo más o menos largo (*Taraxacum*, *Scorzonera*, *Tragopogon*). Verdaderos paracaídas aseguran al conjunto un perfecto equilibrio como consecuencia del descenso del centro de gravedad. Este tipo de paracaídas se encuentra raramente entre las semillas; sólo algunos géneros de la familia de la apocináceas (los *Strophantus* de los trópicos del Viejo Mundo) lo poseen; la semilla está suspendida de una larga barba guarnecida en su otro extremo de numerosos pelos dispuestos simétricamente a un lado y otro de la barba, a una cierta distancia.

Estos ejemplos de frutos o de granos provistos de paracaídas con hilos y cúpulas muestran que los dispositivos vegetales, en sus grandes líneas, son análogos a los aparatos fabricados; sin embargo una profunda diferencia separa los paracaídas con cúpulas humanas y vegetales; los primeros tienen una cúpula hemisférica cuya concavidad se dirige hacia abajo; los segundos tienen una corona de pelos que forman una cúpula sensiblemente hemisférica, pero cuya concavidad se vuelve preferiblemente hacia lo alto. Esta modificación de orientación asegura una mayor estabilidad a las formas vegetales, que es casi impuesta por las circunstancias. El paracaídas con la concavidad dirigida hacia abajo, tal como la técnica humana lo emplea, exige, para su estabilidad, la suspensión por intermedio de una red de largos hilos, de la masa principal con la superficie moderadora, tan baja como sea posible.

En los paracaídas naturales, la masa principal por el contrario está generalmente incorporada a la superficie moderadora en lugar de estar distanciada y por debajo. La disposición de la superficie debe realizar por sí misma el equilibrio y esto es posible únicamente cuando esa superficie es plana, o mejor todavía, cuando tiene la concavidad dirigida hacia lo alto.

ANDRÉE TETRY.

Traducción de Héctor Clocchini.

LA BOGA DEL EXISTENCIALISMO

Se habla mucho en París y (después del paso de Sartre por New York) en Greenwich Village y, hasta en el centro de Manhattan de existencialismo. Hagamos una reseña histórica de las teorías llamadas existencialistas.

Su origen se remonta al día en que Kierkegaard se opuso a las teorías de Hegel. Hegel había demostrado que la verdad es la totalidad. Por ejemplo, si quiero comprender uno de mis sentimientos, una de mis ideas, debo ligarlas a ese todo que es mi personalidad; pero ese todo no tiene realidad sino en el conjunto de la sociedad donde está situado y este conjunto, a su vez, no puede considerarse separado de otras sociedades coexistentes, ni de las sociedades anteriores. Llegamos así, a la idea de conjunto de la humanidad y a la del todo absoluto en el que la humanidad está ubicada. Solo el todo es verdadero y las totalidades relativas, que son las obras de arte y las sociedades particulares no existen sino en virtud de la totalidad absoluta. Pero Kierkegaard se niega a ser considerado como parte de un todo. Considerarlo como una parte, dice, como un simple párrafo en el conjunto del sistema de Hegel, es negarlo. ¿Quién es él, entonces? Se define, en cuanto puede definirse, como una intensidad de sentimiento en relación con otro ser, al que llama el Otro Absoluto, Dios, hacia el cual se dirige, sin cesar, su conocimiento sin que pueda definírselo nunca. Vemos pues, el lazo establecido por Kierkegaard entre existencia y trascendencia, en ese momento en que la existencia estaba definida por Hegel, como inmanencia en una totalidad. Kierkegaard reprocha también al racionalismo de Hegel, el destruir la posibilidad, al no demostrarnos jamás sino un desarrollo necesario; ahora bien, los individuos sólo podemos respirar, dice, en un mundo donde existen la posibilidad y la libertad.

El segundo momento del existencialismo se produce, cuando los filósofos alemanes, Jaspers y Heidegger transforman la reflexión de Kierkegaard sobre su propia existencia en una teoría más general. La filosofía de Jaspers describe, no ya como la de Kierkegaard, nuestra relación con Dios, con Jesús, sino nuestra relación con una oscura posición secundaria de nuestra existencia, de la que tenemos senti-

miento aunque no podemos percibir sino en momentos parciales y fugitivos. Debemos elegir, siempre, entre tal o cual revelación de lo Absoluto: ciencia, filosofía, arte, religión. Jamás podemos reunir esos destellos dispersos, que son todo cuanto vemos de lo Absoluto; así pues, estamos destinados al fracaso, a una especie de naufragio. Tenemos particularmente conciencia de este fracaso, en las situaciones límites, en las que nuestro ser está distendido al extremo; y es en esta conciencia de nuestro fracaso y de nuestro no-cumplimiento cuando nos cumplimos verdaderamente.

Según Heidegger, es necesario primero, para cumplirnos, que pasemos el nivel ordinario de nuestra existencia, donde vivimos de una manera inauténtica bajo la influencia de nuestra pereza y de las convenciones sociales, para ir hacia la existencia auténtica; a la que no podemos llegar sino mediante ciertas experiencias, como la de la angustia que nos pone en presencia de la posición secundaria de la Nada sobre la cual el Ser se destaca. Kierkegaard ya había insistido sobre la angustia como revelación de los posibles que nos solicitan. Pero para Heidegger, no sólo se trata de esas nada relativas que son los posibles, sino del No-Ser. Este esfuerzo por dar una realidad a la nada absoluta, aunque fallido, es una de las tentativas más interesantes de Heidegger. Es una nada activa y la acción que opera sobre sí y sobre el mundo en su conjunto, al que hace oscilar sobre sus cimientos, hasta el punto de que parece próximo a derribarlo, recibe de Heidegger el nombre de "nadización" (*néantization*). El No-Ser se anula a sí mismo y anula toda cosa. Es el fondo negativo del ser del cual el ser se desliga por una especie de ruptura.

Esta experiencia de la angustia es una experiencia existencial y nos permite comprender ciertos rasgos fundamentales de nuestra naturaleza. Estamos en este mundo como dejados, sin socorros ni recursos, y nos encontramos a nosotros mismos como hechos de los que no percibimos la esencia ni la razón. He ahí uno de los principales elementos de la filosofía de la existencia; según ella somos existencia sin esencia, por oposición a toda la filosofía clásica, desde Platón hasta Hegel, para quienes la existencia deriva siempre de la esencia.

Nuestra existencia es esencialmente una existencia finita limitada por la muerte; esta presencia de la muerte explica la experiencia de angustia, de la que ya hemos hablado.

Pero en este mundo limitado realizamos un movimiento de transcendencia, no hacia Dios, ya que Dios no existe, sino hacia el mundo, hacia el acontecer y hacia los otros hombres. De esta manera, la idea de transcendencia pierde su carácter religioso y adquiere, paradójicamente, cierto carácter inmanente. Es una transcendencia en la inmanencia.

En primer lugar, figura nuestra transcendencia hacia el mundo. Estamos esencialmente en el mundo; no debemos especular sobre nosotros mismos como si estuviéramos fuera de él. Que estemos en el mundo parece de suyo, una verdad. Pero, ciertamente, pocos filósofos habían insistido en ello. Descartes ponía en duda la realidad del mundo. Kant, puso en duda su idea. Para Heidegger estamos siempre abiertos al mundo. En una brillante página de uno de sus cursos, opuso su teoría a la de las mónadas de Leibnitz. Las mónadas, dice Leibnitz, no tienen ni puertas, ni ventanas; cada una está enteramente encerrada en sí misma. Para Heidegger, los individuos carecen también de ventanas y puertas como las mónadas; pero no porque estén aislados, sino, al contrario, porque están afuera, en la calle, en comunicación directa los unos con los otros y en comunicación directa con el mundo.

Acabamos de ver que hay, por eso mismo, una segunda transcendencia en Heidegger; es el hecho de estar constantemente en unión con otros individuos, el hecho de estar siempre con ellos. Asimismo en nuestra conciencia más individual, no podemos desligarnos de los otros. Hay allí un elemento que viene a limitar el individualismo heideggeriano.

En tercer lugar, transcendemos siempre hacia nuestro futuro. El hombre es un ser constantemente dirigido hacia sus posibilidades. Volvemos a encontrar aquí la insistencia que ya habíamos visto en Kierkegaard. El hombre está en permanente avance con relación a sí mismo. La existencia es lo que debe acaecer. Podemos decir en ese sentido, que la existencia comienza por el porvenir. Y es por ello que el hombre está siempre preocupado, en preocupación de sí mismo.

La existencia es, esencialmente, desazón. El porvenir, al cual acabamos de referirnos, está limitado para cada uno por su propia muerte, definida ésta como la imposibilidad de toda posibilidad. Nuestro porvenir reconoce una segunda limitación; nuestras posibilidades, no son posibilidades abs-

tractas, sino que están encastradas por las circunstancias particulares, no elegidas por el individuo. Este está, en consecuencia, unido tanto al pasado, como al porvenir. Esta doble relación con el pasado y el porvenir, este hecho de que el individuo esté siempre en retardo, con respecto de sí y adelantado a sí mismo, constituye el presente.

El hombre, al estar ligado con el mundo y con el futuro, tiene una comprensión natural del mundo y del futuro; pero al mismo tiempo los pone en duda. El hombre es el ser que duda de su propia existencia y por eso mismo, la pone en peligro. Es el ser que es filósofo por el hecho de ser. Y al dudar de sí, duda de todo el universo al que está unido. Toda cuestión filosófica implica la totalidad del mundo, así como el individuo aventura su existencia como en una apuesta suprema.

Vemos así constantemente relacionarse las ideas de individualidad y totalidad, de individualidad y generalidad. Porque, al mismo tiempo que la filosofía de Heidegger quiere ser una descripción de la experiencia individual, se propone además ser una descripción tanto de la existencia humana en general como del mundo.

Lo existente debe dar respuesta a los problemas que origina. No puede quedar en estado de angustia, o para decirlo como dos filósofos a quienes podemos relacionar con Heidegger, Levinas y Sartre, en estado de náusea. El hombre puede triunfar de esta experiencia. Puede cargar con su destino. Es lo que Heidegger llama "decisión deliberada", el equivalente de la repetición de Kierkegaard o del consentimiento activo del eterno retorno que concluye la filosofía de Nietzsche.

La filosofía de Heidegger ha sido a menudo considerada como una filosofía de la existencia y, en general con derecho, ya que parte de la existencia humana, para descubrir las estructuras del ser. La existencia no es sino una de las tres estructuras fundamentales del ser, siendo las otras; la estructura de las cosas tal como se ofrecen a nuestra vista, en cuanto espectáculos y cuadros y la segunda, la estructura de los utensilios de los que nos servimos y de las cosas fabricadas por nosotros. Pero estas dos estructuras no poseen, en el fondo, realidad sino en virtud de la existencia humana y además, en el primer tomo de su gran obra —el segundo no ha aparecido aún y no aparecerá próximamente—, el ser está definido a partir de la existencia humana, preocu-

pada, encorvada sobre sí misma, haciendo proyectos y situada siempre en el mundo. De las experiencias de esta existencia, es decir, de lo que él llama existencial, Heidegger se esfuerza por alcanzar las estructuras profundas que no son ya experiencias, sino condiciones de la experiencia, a las que llama existenciales; y es desde ellas que Heidegger piensa poder dirigirse hacia el ser, es decir, hacia el tiempo con sus tres estructuras de pasado, presente y futuro.

Así aparece ante nosotros esta filosofía que constituye la segunda etapa en la historia del existencialismo. En ella se une la idea de existencia que toma de Kierkegaard (porque no conviene olvidar que fué éste quien dió a la palabra existencia el sentido que asume en la filosofía contemporánea) a la idea de ser en el mundo que ya aparecía en Husserl. Lo que da a la filosofía de Heidegger su color particular es la fusión de estas dos ideas y también la de una tendencia hacia la individualidad extrema con el sentimiento de la totalidad del mundo, que determinan que la existencia es desazón, no sólo por distenderse hacia el porvenir, sino porque es en el mundo, y el ser en el mundo se convierte en desamparo, ya que la existencia es considerada desazón.

Esto nos llevaría a buscar la influencia que, presumiblemente, ejercieron sobre la concepción filosófica de Heidegger, las ideas religiosas que él ha abandonado ¿Esta filosofía no implica una visión del mundo, que por otra parte, el mismo filósofo niega? Estamos en presencia de tal situación, que si Heidegger estuviera completamente liberado de sus supuestos religiosos previos, Heidegger, acaso, dejaría de ser él mismo. Los sentimientos esenciales de su filosofía, ese carácter trágico, provienen posiblemente de puntos de vista superados por el filósofo. A mitad de camino entre Kierkegaard y Nietzsche, Heidegger está en el mundo de Nietzsche con los sentimientos de Kierkegaard y en el mundo de Kierkegaard con los sentimientos de Nietzsche.

En segundo lugar, no se podría concebir un existencialismo que estuviera ligado solamente a las experiencias de separación, de abandono y de melancolía profunda, sino también a los sentimientos de esperanza y de confianza. Sin duda, esto está vinculado con la idea de la finitud y de la muerte en Heidegger. Pero ¿por qué el pensamiento de la muerte sería más revelador de la esencia del hombre que la idea de la vida?

Podemos indicar, en tercer lugar, que esta filosofía supone ciertas ideas como la de posibilidad que no fueron siempre enteramente analizadas por Kierkegaard, Jaspers ni Heidegger. (Es verdad que Sartre aportará al respecto un análisis y una concepción más precisos). Y cabría preguntar si la idea de ser puede definirse satisfactoriamente, si no es una idea más verbal que real.

Sobre estos puntos y también en lo que concierne a la decisión deliberada, con la que concluye esta filosofía, se podría discernir, en cierto modo entre los diferentes elementos, en verdad, tan heterogéneos de la doctrina. Esta heterogeneidad se advierte claramente en el folleto que Heidegger publicó en 1943 sobre la esencia de la verdad, donde trata de hacernos captar lo verdadero como una propiedad de las cosas en sí mismas, al mismo tiempo que lo considera un derivado de nuestra libertad. Por otra parte, aunque las ideas metafísicas de la doctrina parezcan valederas, pueden surgir algunas dudas acerca del carácter de sus conclusiones morales ¿No quedan éstas como puramente formales?

Llegamos a la tercera etapa. Entre los jóvenes filósofos franceses, algunos de los mejores encuentran en estas ideas algo de nuevo y desacostumbrado que responde a su propia angustia. Hay ya en Francia, sobre todo con Gabriel Marcel, una tendencia que puede ser comparada con el existencialismo. Pero sólo en los últimos años anteriores a la guerra, la influencia de Heidegger se hizo sentir y este fenómeno de preguerra es el que ha persistido y se desarrolla hoy en los círculos filosóficos y literarios. No es éste el momento ni el lugar de hablar de la filosofía de Sartre, que completa y transforma y a veces profundiza y otras hace retroceder hacia ciertas tesis hegelianas la teorías de Heidegger, ni tampoco de las concepciones de Camus que une su creencia en lo absurdo y su fe en la acción, ni de las de Bataille quien, proclamando a Nietzsche su maestro, trata de formular lo que él llama una "ética cumbre" (*étique du sommet*). Por otra parte, estos dos últimos parecen no desear ser clasificados entre los filósofos existencialistas.

Demos simplemente algunas reglas para distinguir entre el existencialismo y lo que no lo es. Si se dice: El hombre es, en su mundo, un mundo limitado por la muerte y experimentado en la angustia, se sabe esencialmente preocupado, replegado sobre su soledad, en el horizonte de la temporalidad, se participa del existencialismo de Heidegger.

Si se dice: el hombre, contrariamente a las cosas que son en sí, está por sí mismo, siempre en movimiento y se es fuerza en vano en lograr una unión del en sí y del para sí, se sostiene el existencialismo de Sartre.

Si se dice: soy una sustancia pensante, como dijo Descartes, o: las cosas reales son las ideas, como afirmaba Platón; o: el "yo" acompaña todas nuestras representaciones, de acuerdo con la expresión de Kant, no se es existencialista.

El existencialismo nos enseña, una vez más, lo que toda gran filosofía nos ha enseñado, es decir: que hay aspectos de la realidad que no pueden ser reducidos por entero a explicaciones científicas. Por supuesto, los que poseen opiniones contrarias, tratarán de explicar el existencialismo científicamente, por medio de razones económicas o históricas. Estas explicaciones son en parte justas, pero jamás satisfacen enteramente.

Gracias al existencialismo "ser o no ser" vuelve a ser el problema. Esto nos lleva a señalar al mismo tiempo, que hubo existencialistas, o más bien, como los denomina Kierkegaard, existentes sin saberlo. Acabamos de sugerir que Hamlet era un existente. Podríamos decir lo mismo de Pascal, Lequier, Carlyle, Melville, William James. Kierkegaard, afirmó que Sócrates era un existente. Podríamos asegurar lo mismo del gran enemigo de Sócrates, Nietzsche. Detengámonos aquí. Ya que podríamos demostrar que los orígenes de las grandes filosofías, como las de Platón, Descartes, Kant, se encuentran en revelaciones existenciales.

Surge una pregunta que puede desconcertar. El conocimiento del existencialismo y aún su existencia, ¿no corren el peligro de destruir a esa misma existencia que esta doctrina trata de preservar ante todo? Tal es el dilema del existencialismo. Tal vez se tenga que elegir entre el existencialismo (o al menos algunas de sus formas) y la existencia.

Una de las consecuencias de este movimiento existencialista es que destruye la mayor parte de las ideas del sentido común filosófico y lo que se ha llamado a menudo la filosofía eterna, en particular, las ideas de esencia y sustancia.

Platón y todos los filósofos que los siguieron, se equivocaron al posponer la existencia a la esencia y al separar la una de la otra. La filosofía debe dejar de ser filosofía de la esencia para convertirse en filosofía de la existencia. En ese sentido, conocemos, gracias particularmente a Heidegger,

todo un movimiento destinado a replantear los conceptos filosóficos, aguzar nuestra subjetividad y hacernos sentir nuestra unión con el mundo. Asistimos al nacimiento de un nuevo modo de filosofar y participamos de él.

JEAN WAHL.

Traducción de Ana María Billino Bethencourt.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

LIBROS DE CANTO CORAL PARA USO ESCOLAR

Hace poco, en setiembre de 1955, escribí para "Buenos Aires Musical" una reseña bibliográfica acerca del libro de cantos escolares *Der Musikant*, recopilado por el célebre pedagogo, profesor Fritz Jöde (Ed. Mösseler, Wolfenbüttel, Alemania). Hice hincapié, entonces, en el severo criterio pedagógico con el que habían sido seleccionadas las melodías, respetando de manera orgánica la multiplicidad de los estilos históricos y actuales y contemplando la utilidad que presta dicha recopilación para fines de aprendizaje escolar. Y había agregado que "al hojear el libro he pensado que también en nuestro país podría brindarse a los niños —y a los que tienen vocación de cantar en coros— un repertorio seleccionado en base a la música folklórica más pura, a la música tradicional y a los altos valores de la música universal, ordenado en un modo progresivo para infundir el amor por la práctica coral y la música de cámara y dar a los maestros en especial, y a los amantes de la música en general, un cancionero práctico, sin retoques absurdos, sin desfiguraciones, e, igualmente, sin concesiones de dudosa calidad estética".

El azar quiso que ahora llegase a mis manos otro libro casi similar. Se trata de la recopilación *Musik in der Schule* (Música en la escuela), Tomo 3º, libro coral para voces mixtas recopilado por Egon Kraus y Félix Oberborbeck y editado también por Mösseler en Wolfenbüttel. Es una edición actualísima y su uso en las escuelas alemanas fue aprobado por resolución ministerial en 1951. Es un tomo aislado de una colección de cinco volúmenes, la que comprende

desde la "Singfibel" (librito de cantos) para los niños que recién ingresan a la escuela, hasta un "Chorbuch" para los colegiales próximos a dejar los estudios después del 13º año escolar. Conozco sólo el tercer tomo, pero teniendo a la vista el libro de Jöde, bien puedo colegir la severa y orgánica presentación pedagógica que tendrán, evidentemente, también los otros tomos de esta colección.

Sin duda, los escolares que han participado de clases de música en las que se han usado y aplicado repertorios corales como los que registran los libros referidos, egresan de la escuela con un bagaje de conocimientos musicales y con un criterio estético muy respetable. Fácil es suponer que la mayoría de ellos salen con un amor por la música —con ese amor por las cosas en las que se ha participado activamente. La música vocal (y en Alemania se incluye también en la enseñanza escolar la música instrumental de cámara con conjuntos de "flauta dulce" y otros instrumentos de manejo sencillo), ejercida de esa manera, es un correlativo estético-artístico para la actividad comunitaria del deporte y del juego. Sociológicamente y con miras pedagógicas, su aplicación cobra importancia capital, pues crea en el educando una orientación de orden estético y una sana preocupación por una paulatina elevación de sus conocimientos en la materia y una agudización del discernimiento artístico. Con eso se forma —sin caer en tecnicismos ni especializaciones exageradas— a amantes de la música. Hoy día, ya nadie necesita vivir al margen de las actividades de la música culta; hace mucho que ésta ha dejado de ser, por propia gravitación, propiedad de una reducida "élite". Las grandes obras maestras de la música están al alcance de todos, e inclusive los debates apasionantes en torno a las corrientes estilísticas y técnicas que configuran la música de nuestro tiempo, poseen raíces sociales y filosóficas más profundas que un mero debate alrededor de la expresión de sentimientos afectivos y principios de orden puramente estetizante. Pero, en este aspecto, el problema más grande que ostenta nuestra época es el exceso numérico de un público totalmente pasivo frente a la cada vez mayor especialización tecnicista del intérprete. El oyente se sienta pasivamente en una sala de conciertos o maneja con un máximo de sencillez un aparato que le brinde música reproducida mecánicamente. No existe más la participación individual en la ejecución y apreciación musicales, tal como

lo presuponia la "música de entrecasa", antaño también tan ampliamente cultivada en nuestro medio. Por eso la escuela debe propender, naturalmente, a formar también una conciencia musical en el alumno: formar en él una participación activa en la música y prepararlo para que pueda disfrutar lo que le ofrece el enorme repertorio musical. Las actividades de las grandes orquestas sinfónicas, de los teatros de ópera, de las sociedades y organizaciones de música de cámara no pueden alcanzar su verdadera meta de formación popular y de elevación artística, si aquéllos que deben integrar la comunidad de los consumidores musicales no están preparados para aprovecharlas plenamente. Y esa preparación no se alcanza tan sólo por medio de conferencias explicativas sino —en primer término— por medio de la participación activa en una especie musical, técnicamente accesible y artísticamente elevada.

No creo que esa formación deba ser teórica. El solfeo en las escuelas y la árida teoría musical en el aula son un contrasentido, si no está equilibrada esa enseñanza, generalmente tediosa, con la práctica musical. Personalmente creo que el solfeo no hace falta para educar musicalmente a una persona. El canto coral y una buena metodología en la enseñanza de la lectura musical en base al canto colectivo y aplicada en la misma obra a interpretarse, bastan y sobran para ello. Perder el tiempo —y destruir, en general irremediablemente, el amor natural del niño y del adolescente por la música— con tontísimas lecciones solfeísticas es, a la postre, un daño irreparable para la tan necesaria formación del oído musical y de la apreciación estética. Por eso abogo también aquí por una imitación de la enseñanza musical basada en un repertorio cuidadosamente seleccionado, sin raras o complejas armonizaciones, sin virtuosismos pianísticos que lo acompañen. Es menester lograr que el escolar "descubra" paulatinamente, interpretando bajo la guía de un maestro de música responsable e idóneo, un repertorio de elevada jerarquía, las bellezas insubstituíbles de la música artística.

El tomo de *Musik in der Schule*, que tengo a la vista, incluye coros de los grandes polifonistas italianos, ingleses, franceses y alemanes del Renacimiento, motetes de Bach y otros compositores de la época, canciones corales de Mozart y de los clásicos y románticos y buena cantidad de corales modernos de Distler, Kaminski, Knab, Marx, Orff, Hindemith —vale decir de los que han participado activamente

en la reforma de la música coral alemana a partir de 1920—. Da por lo tanto una visión notablemente amplia de las diversas etapas históricas de la música. Suponiendo que cada pedagogo aprovecha la oportunidad y, al ensayar tales coros, explica la importancia del compositor interpretado y lo ubica en su época, los alumnos habrán de adquirir, al mismo tiempo y en forma práctica, nociones básicas de historia musical.

Creo que deberíamos imitar a quienes en otros países —y por supuesto no tan sólo en Alemania— han contribuido a crear y fomentar una más activa conciencia musical en la juventud. Cuando el niño aprende en el jardín de infantes las primeras rondas, ya se echan las bases para esa paulatina formación musical. En los primeros cursos de la escuela primaria las canciones a dos y tres voces, cánones simples, el aprendizaje vocacional de algún instrumento de manejo sencillo como la "flauta dulce"; luego en los cursos más adelantados el canto de corales y motetes, y, finalmente, en la escuela secundaria, la racional aplicación de problemas musicales más complejos y avanzados, permitirían, como programa de conjunto, suscitar músicos y amantes de la buena música, sin teorizaciones extravagantes, sin tecnicismos contraproducentes y con el cariño indestructible por una actividad mutua en la que se ha participado activamente. Y si no llegase a suscitar vocaciones, podría desarrollar por lo menos el interés. En nuestro medio la práctica vocacional del canto coral no ha tenido una repercusión digna de mención: son poquísimos los coros vocacionales no extranjeros. Un panorama completamente distinto nos lo ofrece en este aspecto Chile, donde los coros de esta naturaleza se cuentan por centenares (y la mayoría de alta calidad y correlativa utilidad); existen allí conjuntos escolares, societarios, de obreros, en casi todos los centros poblados y aun en los más alejados y pequeños. Pero la vocación por el canto coral debe forzosamente comenzar en la escuela y no debe ser ahogada en clases de música tediosas y teorizantes. Así es que también en este sentido, la preocupación de los pedagogos europeos prevé la formación de un repertorio especial. Tengo ante mí dos pequeños cuadernos; uno es el *Geselliges Chorbuch* (Libro de coros para uso sociable), recopilado por Richard Baum y editado por la "Barenreiter", de Kassel; el otro se titula *O Música*, con coros y cánones seleccionados por Gottfried Wolters (Ed. Mösseler, Wolfenbüttel). Ambos presentan una idéntica multiplicidad de repertorio, compilando desde las

simples canciones populares hasta motetes antiguos y modernos. Su aspecto es casi idéntico al del tomo de *Musik in der Schule*. Sirven para ahondar lo aprendido y para la prosecución vocacional de la práctica escolar. Pero en la base de una práctica vocacional está siempre la escuela. Por eso creo que es de utilidad transcribir un párrafo del libro de Kraus y Oberborbeck, que dice así: "Nuestro libro coral quiere contribuir a dar al hombre joven, por medio de la práctica propia de la música, una experiencia valiosa en el campo de la música artística. Quiere darle de ese modo fuerzas para desarrollar su personalidad y facilitarle un arma contra las añagazas de la música de poco valor que ejerce constantemente su influencia destructiva sobre nuestra juventud".

También en nuestro medio se podría llegar a una idéntica visión pedagógica y a una similar educación provechosa de la juventud. Los grandes maestros clásicos universales no deberían faltar en nuestra aula y tampoco las más felices creaciones de nuestros compositores, ni tampoco, en transcripciones hechas con dignidad, las bellas melodías de nuestro rico acervo popular. ¿Recuerda alguien aún que muchas hermosas canciones escolares fueron escritas por los compositores más destacados de nuestro país? Nos sobran músicos para emprender una orgánica labor en este sentido, pero ella debería encauzarse según un criterio eminentemente formativo. La Argentina cuenta entre los países de mayor consumo musical, pero falta aún suscitar una verdadera práctica vocacional. Todo lo tenemos para lograrlo, sólo falta encauzar debidamente elementos tan bien predispuestos, tan útiles y tan variados. También entre nosotros la escuela debe estar a la cabeza de una formación musical. Y tanto más, por cuanto la música practicada activamente en grupo, contribuye siempre a crear lazos más firmes de comunicación individual y ayuda a elevar hacia planos de más alto idealismo las dotes positivas de cada uno de los que en ella participan.

JUAN PEDRO FRANZE.

VALOR DOCENTE DE LA TRADICIÓN

El restablecimiento del "Día de la Tradición", resuelto por un reciente decreto de la Intervención de la provincia de Buenos Aires, sugiere algunas reflexiones respecto a su alcance y valor docente.

La tradición es a un país lo que la raíz al árbol: lo fija, lo consolida, lo vigoriza, lo nutre con las esencias más íntimas de su entraña terrena. Cubre con nuevos y frescos brotes las cicatrices de las podas inevitables del tiempo. Sólo cuando el hacha del leñador abate el tronco, el árbol muere y el bosque se convierte en páramo. Sólo cuando la tradición es olvidada o desconocida, una nación pierde su fisonomía y el pueblo se convierte en horda.

El afán exclusivista de los regímenes dictatoriales repudia los valores consagrados porque supone que cuanto sucedió antes de su advenimiento carece de importancia y puede descuidarse. Todo parte para ellos de ese fatídico año I de la nueva era; su soberbia no admite deudas de gratitud con el pasado, objeto de indiscriminada condenación.

Así fué suprimida por el régimen que acaba de caer, la ley provincial consagratoria del día 10 de noviembre como "Día de la Tradición", en homenaje al ilustre autor de *Martín Fierro*, don José Hernández.

Esta concepción aberrante, inspirada, por lo demás, por fines subalternos, no merece siquiera ser refutada. Por otra parte no es el propósito de este artículo ahondar el tema en sí, sino enfocarlo en sus relaciones con la historia y la enseñanza.

La urgencia del tiempo en el desarrollo de los programas de Historia engendradora de apretadas síntesis, tiende a deshumanizar la asignatura reduciéndola con frecuencia a una expresión rectilínea, esquemática y descolorida; procesión de fantasmas grises y fríos que desfilan al compás de vertiginosas cronologías.

Y sin embargo nuestros antepasados fueron seres con músculos y nervios, accesibles a las virtudes y a los defectos, sujetos a esperanzas y desencantos, susceptibles de entusiasmos y abatimientos. Seres que amaron, sufrieron y recorrieron toda la gama de la emoción, desde la provocada por la imperiosa necesidad orgánica, hasta la producida por la exaltación de la más acendrada mística.

No se conseguirá comprender los procesos históricos en tanto no se establezca una comunicación simpática con ellos mediante su reviviscencia, no sólo conceptual sino también afectiva, como si despertaran en el subconsciente las energías pretéritas transmitidas por vía hereditaria.

Con razón pudo decir Michelet —y se esforzó en cumplirlo— que "la Historia es una resurrección". De ahí el sostenido

éxito y la importancia de las crónicas, las memorias, las biografías, y la de los dramas y novelas históricas, cuando respetan la verdad primordial de los hechos y se basan en una concienzuda información previa del autor.

La captación de un "clima", vale decir de un ambiente temporario, condicionado por factores físicos, económicos, políticos, sociales y culturales, en parte transitorios, tiene un valor docente muy superior al de la memorización detallada de apellidos y fechas de difícil retención. En definitiva no son éstos sino elementos auxiliares fijativos y ordenadores. Aprenderlos muy bien, descuidando los sucesos, es ponerse en la posición de alguien que retuviese los nombres de los personajes de una obra dramática y luego no la leyera.

En este orden de ideas, la tradición tiene un destacado mérito, negado, o por lo menos disminuído, por la corriente histórica partidaria exclusiva de los documentos.

Nadie discute la importancia de estos últimos; pero no constituyen toda la Historia. El documento: ley, decreto, manifiesto, proclama, informe, incluso a veces la correspondencia epistolar y aun íntima, es un testimonio meditado, elaborado, sujeto a intenciones e intereses particulares; pone de relieve, por lo general, lo que conviene al autor o al grupo dominante y omite o amengua lo que le resulta desfavorable; exhibe con frecuencia un lenguaje y un estilo convencional; no olvidemos que por muchos siglos los principales eran redactados en latín. Es en suma la realidad conformada, retocada, casi diríamos congelada en moldes rígidos.

La tradición, en cambio, poderoso factor de la reconstitución histórica, brota espontánea del alma popular, ingenua y desinteresada, sin fines de predominio ni preocupaciones de justificación ante el presente o el futuro. Es plástica, colorida, multiforme, palpitante; se exorna con la metáfora pintoresca; se anima con el ritmo de la música y el verso.

Desde luego no vamos a recoger siempre de ella la exactitud del acontecimiento, a menudo inventado, deformado o transformado por la fantasía con amplificaciones y aditamentos sobrenaturales e ilógicos. Mas, como sostiene Berdiaef, ¡Cuánta riqueza de síntomas ofrece al que la sabe interpretar! Traduce el sentido éticoreligioso, determinante de la conducta; el contacto cósmico del paisaje en función con el espíritu, penetrándose recíprocamente; la actividad habitual o predilecta en la producción de los medios de vida; el temperamento artístico y el índice de civilización; la honda repercusión de ciertos

hechos y el influjo ejercido por los arquetipos, ya humildes moradores comarcanos, ya figuras de trascendencia nacional y aún universal; el grado y el carácter, en fin, de las corrientes extranjeras reformadoras del sentir y el expresar vernáculos.

La fábula, el mito, la canción, el romance, el atributo legendario de una fuente, un árbol, un monte o una ruina, conservan y transmiten la esencia misma, lo íntimo de un pueblo, con independencia de toda estructura legal o política; lo retratan en su prístina naturalidad, con sus rasgos profundamente originales. Sólo estudiando la tradición es posible alcanzar un cabal conocimiento de una raza o de una época.

Los griegos aprendían a leer en *La Ilíada* y Aquiles sirvió de modelo a Alejandro Magno. El Cid Campeador, dechado de caballeros cristianos, inspiró las hazañas de las guerras posteriores contra el moro y las de la conquista de América. Unos versos proféticos de Séneca y el viaje de los argonautas refirmaron la decisión heroica de Colón. La ciudad de los Césares promovió muchas fecundas expediciones descubridoras. La ficción contenida en estas leyendas no les impidió actuar como agentes importantes de la dinámica histórica, precisamente porque su valor no fincaba en la existencia o inexistencia de los personajes y sucesos sino en la fiel comprensión de las fuerzas anímicas y y de los ideales colectivos.

La tradición es sentido de continuidad y permanencia, acento de originalidad distintiva, afirmación de un yo colectivo. No es xenofobia ni rutina porque consiente las innovaciones del progreso y las influencias ecuménicas; pero las moldea y adapta a su idiosincrasia. Ningún pueblo conserva más celosamente la tradición que el inglés con sus minuciosas ceremonias medievales y ninguno, sin embargo, lo aventaja en su vocación evolutiva y universal. Baste este ejemplo para demostrar la compatibilidad de lo tradicional con lo nuevo.

Cultivemos, pues, e inoculemos en los alumnos, con amor e interés, el acervo tradicional si queremos dar voz inteligible y expresión definida a los impulsos oscuros pero fundamentales del acontecer histórico, único modo de convertirlo en elemento útil para la interpretación del presente y del futuro inmediato.

JOSE CARLOS ASTOLFI.

LA ENSEÑANZA DEL CASTELLANO

Hoy más que nunca urge rever los programas de castellano. Urge, porque si hay materias importantes para la formación intelectual del individuo, ellas son matemáticas, castellano y filosofía, y agregaría latín, el tan zarandeado latín.

Las materias que integran los programas secundarios se pueden clasificar en dos grandes grupos perfectamente definidos: las informativas y las formativas. Aquéllas son las que se olvidan y éstas las que permanecen después que se olvidan. Aquéllas nos dan noticias que la memoria, inconstante, va perdiendo inadvertidamente hasta que, de pronto, descubrimos que tanta ciencia nos es ajena. Éstas, convierten al cerebro en un dúctil ordenador causal. Por ellas, podríamos afirmar, con Platón, que toda ciencia es infusa y que un hábil método nos hace recordar. Método; ciencias metódicas; las que crean en el hombre su magnífica diferenciación: el arte de razonar. Enseñar a razonar es el gran imperativo de la enseñanza, en especial de la enseñanza secundaria, porque en la escuela primaria el hombre es muy niño y en los cursos universitarios ya debe conocer el supremo arte. Un pueblo que razone es un pueblo que sabrá conducir sus destinos. Muchas veces he dicho esto o algo similar en mis cursos de castellano. Cuando algún alumno indiferente a la materia —y en la última década, en progresivo y alarmante aumento lo eran todos— preguntaba: ¿para qué sirve castellano?, para aprender a pensar, le respondía, y el que aprende a razonar una materia intelectualmente formativa, razona todos los aspectos de la vida. Razonará desde el más elemental trabajo manual hasta el problema más difícil como es la cosa pública y el gobierno que le conviene.

Pero, para que castellano sea la materia formativa y disciplina severa de la razón, debemos rever los programas y qué abarca la así denominada ciencia.

Qué abarca castellano. Castellano es una amplísima denominación en donde se juntan materias que a veces no tienen la menor relación entre ellas. Consta de: gramática; composición literaria, comercial y social; recitación; lecturas y exposiciones orales; copia y dictado. He puesto en primer término, y

más importante, gramática, último inciso en las bolillas en una época en que la razón estaba en decadencia.

La gramática no tiene ninguna relación con la composición literaria. Aquí vale la vieja sentencia: "lo que natura no da Salamanca no lo pone". El joven que sabe escribir escribirá bien sin gramática y el sabio en gramática que no posea el genio de la creación literaria jamás enlazará cuatro palabras que valgan. La gramática dará siquiera corrección al período, sostienen algunos. Ni siquiera eso. Para llegar a la corrección estilística por el conocimiento gramatical es necesario saber mucha gramática, tanta, que no basta el escaso lapso que el colegio secundario dedica a la materia, y solamente durante los años inferiores. Tanta, que también hay que encarar la formación de profesores en una desdichada asignatura a la que llegan, con el mismo título, egresados de escuelas superiores, de institutos y de facultades y, en ocasiones, hasta maestros, con su escaso aprendizaje cumplido en los tres años elementales. Tanta gramática que habrá que seleccionar al profesor en esta —repito— desdichada asignatura que ha sido la "tierra de nadie" en la cual el compromiso político y la recomendación han ubicado a escritores, abogados, periodistas y, alguna vez, a profesores de gramática. Todos, quizá muy buenos profesionales en su profesión, que no era ésta.

La composición literaria exige una corrección gramatical que sólo es capaz de entender el alumno que finaliza su tercer año y está en condiciones de aplicar sus conocimientos, es decir, justamente, cuando terminan los cursos de gramática.

Antes del tercer año la enseñanza de la composición literaria es siempre dogmática y sólo puede hacerse con práctica insistente; tarea imposible y agotadora para un profesor que cuente con más de una división y siempre que ésta no supere la veintena. ¿Cuántas horas, horas extras al horario estricto —y ésta es la única materia que las demanda— le insume al profesor la corrección y enderezamiento de trabajos por lo común extensos, porque el alumno confunde calidad con cantidad? El cálculo es imposible pero lo cierto es que serían muchas horas de tiempo precioso, en una profesión en la que el "full-time" es todavía una quimera. Casi tan quimera como la obtención de cátedras por concursos, que es lo mismo que decir cátedra por vocación.

Composición literaria, pues, no es gramática. Aquella es arte, ésta es ciencia. La primera es cúpula, la segunda cimiento. Es lo que para el pintor la perspectiva o la anatomía; basamento para la obra de arte. ¿Cómo es posible promediar dos materias tan dispares? Una solución sería la siguiente: composición literaria debe ser una materia que comprenda lecturas y exposiciones orales, resúmenes y conversaciones. Es decir que composición literaria será el primer paso de las futuras literaturas española y argentina que se dictan en cuarto y quinto año respectivamente. Composición literaria podrá ser cursos elementales de literatura en los cuales se dará preferencia a los trabajos escritos, a las exposiciones orales y a la memorización de algunas poesías —otro aspecto de la materia que nada tiene que ver con la gramática. Los temas de los trabajos escritos y orales serán resúmenes, críticas y trabajos de imaginación.

El problema de la redacción comercial y social no tiene relación alguna con la gramática y bien lo vemos cuando analizamos las formas petrificadas "acuso recibo" o "tengo el agrado" etc.

La composición, pues, sea redacción literaria, comercial o social tiene que ser independiente de la gramática por su carácter absolutamente distinto. Por eso comenzaríamos por proponer una clasificación del castellano en dos partes, composición literaria y gramática, independientes y, a un tiempo, vinculadas. La independencia estaría en la calificación y en el examen. Un alumno puede muy bien eximirse de una de ellas y no de la otra, ya que el contenido de una es artístico en su mayor parte y matemático el de la otra, puesto que el razonamiento gramatical es razonamiento matemático. Por esta causa tampoco se justifica que el examen escrito, cuyo tema es siempre una composición, sea eliminatorio y promediable con el examen oral, cuyos temas son resúmenes, es cierto, pero que también incluye temas gramaticales. La división en el examen debe ser completa. Composición literaria constará de un escrito y de un oral. En aquél el trabajo será puramente imaginativo o crítico y en la exposición oral se harán pequeñas semblanzas y críticas literarias cuya finalidad será dar facilidad de palabra a alumnos de quienes puede decirse, sin exagerar, que no saben hablar.

En gramática el examen escrito no será necesario, pues para la exposición gramatical basta con la palabra. Pero

antes decíamos que estas dos materias tienen que ser independientes y vinculadas. El vínculo es el profesor. El mismo profesor de gramática deberá desempeñar la cátedra de composición literaria porque así las matemáticas del idioma que enseña en una, redundará en corrección y en estética en la otra. Mal andaríamos otra vez si, como en el caso castellano latín, fueran en éste dos personas distintas las que enseñaran dos asignaturas que son íntimamente complementarias.

El Latín.

Y ya que hemos mencionado el asunto, volvamos a él. El latín debe enseñarse en los colegios secundarios pues por algo esa asignatura es esencial en la mayoría de los países cultos. No pensamos ni queremos pensar que sólo la mentalidad del argentino sea incapaz de asimilar una enseñanza que es base de la cultura. No es posible seguir, en materia de planes de estudio, con la ley del menor esfuerzo, porque sólo del gran esfuerzo de constante superación nacen los grandes pueblos. Bien es cierto que también en este caso será necesario reestructurar su aplicación que ha terminado en una ridícula forma: las divisiones pares tienen latín y las impares no, o viceversa, según el establecimiento; cuando hay latín, las horas de castellano se reducen a tres —en tercer año—; cuando no lo tienen, aumentan hasta cuatro, sin que por eso, en planes tan dislocados, varíe el programa.

Aplicar otra vez el latín de manera armónica y racional, y sólo en función del castellano, al cual va a explicar y servir. No puede pretenderse que el alumno secundario sea un latinista hábil en textos de Cicerón y Virgilio. Apenas aspiraremos a que se familiarice con Fedro y llegue hasta César, pero nuestra intención debe ser que el alumno traduzca; que él mismo realice sus traducciones de una lengua a otra. Esa ejercitación hará dúctil su cerebro en el razonamiento sintáctico y es esto lo que le enseñará a pensar. No se deberá caer, otra vez, en la rutina actual en que es el profesor —hablamos en términos generales— quien da las traducciones hechas por él, para que el alumno las memorice, como podría memorizar una poesía o una lección de historia. De esta manera, una materia formativa se convierte en menos que informativa.

La enseñanza del latín apareja dos problemas complejos, que se resuelven en uno: el mismo profesor de castellano debe enseñar latín. Pero ¿cómo puede hacerlo cuando el

profesor de castellano desconoce por completo esta lengua? unas veces porque no es profesor de la materia o su especialización es otra muy distinta; otras, porque los profesores del país no están uniformados. Los profesores egresados de esos compendios de sabiduría que se cumplen en tres años —egresan con el título de profesores en ciencias y letras— no han leído nunca la primera declinación y no han revisto en forma superior sus cursos de castellano. El enemigo más grande que ha tenido el latín ha sido precisamente el profesor de castellano, al enfrentarse con alumnos que tenían nociones, aunque elementales, de una materia que para ellos era totalmente desconocida, y esto, con alumnos capaces, debe haber creado más de una situación pintoresca.

El primer problema sería, pues, uniformar los profesores del país, haciéndolos parejos en los años de estudio y en el contenido formativo e informativo. De esta manera, un mismo profesor que diera composición literaria, gramática y latín formaría un magnífico plantel de futuros pensadores.

Para terminar con el problema del latín podemos recurrir a los mismos profesores de castellano. Ellos podrán testimoniar con cuánta más holgura se da la materia en las tres escasas horas que tienen de castellano las divisiones que cuentan con latín, que en las cuatro horas de castellano de las divisiones que no lo tienen.

Gramática. Los programas.

Los actuales programas son una estupenda mezcla de todas las partes de la gramática. El método, que es la base de todas las ciencias, está prescripto de la gramática. Aun cuando es ésta una ciencia en la cual todas sus partes están íntimamente relacionadas y no es posible alterar el orden de los conocimientos cuando cada uno es cimiento del que sigue. Un orden racional de los conocimientos gramaticales impondría la morfología como base de la sintaxis y, ya en la sintaxis, el estudio de la oración simple, en todas sus partes, deberá preceder al estudio de la oración compuesta.

Y también nos preguntamos, en este desorden que son nuestros planes de estudio ¿qué hace la lógica, allí solita, en quinto año, por completo desvinculada de la sintaxis, como si no tuviera ningún parentesco con ella, con esa materia que se da por sabida y agotada en tercer año, en los años elementales, como si se tratara de la más elemental?

Con lo que antecede está ya casi expuesto nuestro punto de vista. Sólo queda sugerir un ordenamiento en los programas de gramática. Los programas de gramática deberían abarcar no sólo tres sino cuatro años. Con este criterio podrían dividirse armónicamente las partes de que consta.

Primer año: prosodia y ortografía. El alumno viene muy mal equipado de la escuela primaria para recibir los conocimientos gramaticales. Son, además, demasiado jóvenes. Proponer prosodia y ortografía en primer año, y nada más que esto, lleva el deseo de afirmar la ortografía, que es malísima en nuestro alumnado. Afirmarla no sólo con reglas sino con muchísimos ejercicios al tiempo que dejamos madurar el cerebro para los conocimientos superiores.

Segundo año: Morfología. El curso completo de morfología se cumplirá en segundo año, sin intromisión de bolillas referentes a versificación o a clasificación de oraciones y sólo se aludirá a la sintaxis en los temas indispensables, como es el estudio de los pronombres, cuya comprensión no resultará nada difícil si se los relaciona comparativamente con el latín.

Tercer año: Sintaxis de la oración simple, con numerosos ejercicios, no breves sino de páginas enteras, en las cuales el interés se acrecienta y se hace evidente la necesidad de interpretación que rige todo análisis sintáctico. Tema éste, casi prescripto en una época en que los pensadores eran indeseables.

Cuarto año: Sintaxis de la oración compuesta.

Quinto año: lógica y filosofía general, como continuación de dos materias estudiadas anteriormente: psicología y gramática, sobre todo, de ésta, ya que de aquélla es diferenciación, en tanto que pensamiento y expresión son dos términos de un mismo proceso.

De esta manera, los cursos de literatura serán la continuación de los de composición literaria que, a partir de tercer año incluirá un contenido informativo, que puede ser el siguiente:

Tercer año: literatura preceptiva; 4º año: literatura española; 5º año: literatura americana y argentina.

Y, así también, lógica será la continuación de gramática y no como hasta ahora, que un criterio equivocado ha considerado a las literaturas como la continuación de los cursos de castellano cuando, entre gramática y literatura existe la misma distancia que hay entre gramática y composición literaria.

EMMA NAPOLITANO DE SANZ.

LA ENSEÑANZA DE LA LEY

Muy pocos problemas didácticos deben reunir la complejidad del que se refiere a la enseñanza de la ley.

La organización jurídica ofrece por su estructura singular, características que resultan difícilmente aprehensibles por los niños. A ello se une, además, cierta vacilante orientación didáctica de los maestros. Los institutos profesionales se limitan a impartir buena enseñanza teórica sobre el tema, pero sólo abordan marginalmente el problema decisivo: cómo esos conocimientos deben llegar sencilla, pero profundamente a los alumnos. El problema está, desde luego, en una causa fundamental: la objetividad jurídica.

Alguna vez, un tratadista de prestigio señaló que la constante aversión de los poetas y de los artistas todos hacia la ciencia jurídica, nacía de la tendencia jurista a abstraerse precisamente de los rasgos esencialmente humanos.

El Derecho, por ejemplo, conoce del matrimonio, pero ignora el amor, nos habla de obligaciones y de créditos, pero no de amistad. ¿Qué ocurre entonces? El maestro se encuentra frente a un conjunto de nociones frías sin envoltura emocional alguna, nebulosas y abstractas frente a las que el alumno parece obligado a moverse con automatismo glacial.

El alumno no vive la ley; el mundo de la planta, del animal, de la geografía, de la historia, si cabe, pertenecen a él mismo, son de su intimidad, integran sus días de un modo palpitante y visible. El trasfondo jurídico que los sustenta, en cambio, pasa inadvertido para él porque es lógico que acuciado por lo inmediato carezca de toda visión de perspectiva. ¿Cómo lograr, entonces, que esa vida fluente del derecho integre como las otras vidas su intimidad, y, por eso, su interés? Es necesario, principalmente, hacer que la noción del Derecho tenga sustentaciones más hondas y se dirija no sólo al pensamiento y convoque en su auxilio todos los aspectos de la personalidad. Para ello convendrá despejarse de la mecánica tendencia a impartir la enseñanza de la ley por el camino de la repetición de frases, de artículos y de normas. La ley deberá vivirse; las disposiciones legales, las declaraciones de derecho, la noción de las divisiones de los poderes no deben constituirse necesariamente en motivos de mortificación infantil por el ca-

mino transitadísimo de una fatal insistencia repetidora. Recordemos que en uno de dos textos leídos en la infancia, obra de un sagaz maestro, una serie de lecturas se refería a la elección de un llamado monitor. Nada diremos, desde luego, sobre la ineficaz y hasta peligrosa existencia de ese cargo oficioso; bastaría recordar para definirlo, una penetrante página de Payró, donde se lo emplaza agudamente; pero sí sobre la inteligente aplicación que en dicha serie se hacía de un acto comicial, de su mecanismo de forma y de su transcendencia esencial.

La mejor lección de cultura cívica que puede ofrecer la escuela es esa justa sensibilidad ante los valores de la conducta. La elección no ya de monitores (Sic) sino de comisiones organizadoras y fiscalizadoras de pequeñas tareas auxiliares, de bibliotecas, herbarios, acuarios, museos, equipos deportivos, etc., es una canalización feliz y rigurosamente lícita del conocimiento jurídico. Y aunque ello parezca extraño, ese recurso se utiliza en proporción muy inferior a lo que su accesibilidad permitiría suponer.

El análisis minucioso de aspectos de la vida diaria, los contratos habituales de compraventa, de trabajo, de transporte, de locación, el mecanismo sumario de algún juicio (con referencia escueta y oportuna, si es preciso, a algún hecho contemporáneo adecuado) la dramatización de algún proceso histórico resonante, en fin, las nociones de delitos, de faltas y contravenciones abundantemente ejemplificadas, pueden ofrecerse dentro de las mismas líneas de vitalidad. En su auxilio no faltan, además, estampas y grabados referentes a lo jurídico y sobre todo una veta casi inexplorada, la literatura afín. Las colecciones de folklore ofrecen, por ejemplo, un material considerable, variado, rico de intención, ennoblecido de gracia para tornar más amena la labor didáctica. Gran cantidad de cuentos populares, recordamos en este instante los de San Ivon, patrono de juristas, los casos del zorro (de tan ancha proyección en la literatura del mundo) convenientemente seleccionados, comedias y poemas, algunos hermosísimos dentro de la literatura de la lengua o traducidos (los germánicos, por ejemplo), entregan su ejemplar belleza para jerarquizar esa enseñanza. Y tienen en el equilibrio de sus valores estéticos y jurídicos, la mejor norma para que la enseñanza de la ley encuentre en la conjugación permanente de los intereses vitales, el hondo sentido de abrazar en el Derecho el exacto fluir de la vida, en su

cambiante unidad. El mayor deber de ella consiste justamente en exigirse a sí mismo y en sentirse cada día más obligado a cumplir el destino histórico de cada cual.

ANGEL MAZZEI.

CONSIDERACIONES SOBRE LA HIPNOTERAPIA

Una de las preguntas que con mayor frecuencia le ha sido hecha a quien esto escribe es: ¿Puede el hipnotismo servir los fines inconfesables de un operador deshonesto?

Dejando de lado la respuesta en sí, es indudable que la curiosidad que la motiva suele provenir de un concepto erróneo de lo que es, en realidad, el hipnotismo médico.

Ningún recurso terapéutico, la hipnosis comprendida, es bueno ni malo con valor de absoluto: será beneficioso cuando se lo utilice correctamente y con oportunidad; será dañino si se hace un empleo inadecuado de él.

En cuanto a la desconfianza que hay en parte del público y aún entre ciertos profesionales, tiene su explicación en dos hechos fundamentales: uno, el lastre del descrédito arrastrado desde la época empírica; otro, el prejuicio de que la hipnosis representa un avasallamiento de la libertad íntima del hombre, por cuanto lo convierte en un autómatas sin voluntad propia.

Estas cosas no se solucionan eliminando la palabra hipnotismo y reemplazando ese vocablo cargado de reminiscencias mágicas por neologismos inocentes.

Lo que hay que cambiar es el fondo, no la forma.

El contenido de las palabras varía con el progreso cultural sin que tenga que variar por fuerza la palabra misma.

Es una economía del pensamiento y por ello, sin perjuicio de admitir todos los tecnicismos indispensables, aquí hay que modificar el significado, no el término. Reactualizarlo. Considerando que tiene cierta universalidad y aunque su etimología resulte un tanto discutible, sigamos hablando de hipnotismo, pero llevando a la conciencia popular y profesional, que se trata, como lo declaró la Sociedad Médica Británica, de algo "valioso y respetable".

Los recelos, salvo en los casos de hipnofobia declarados, desaparecerán paulatinamente a medida que la comprensión

sea mayor; los que tratamos de contribuir a ese ideal, no pedimos que se considere al hipnotismo como una panacea universal, ni que se le otorgue a su estudio ningún privilegio; lo que sí pedimos es que, como a cualquier otra rama de la ciencia, se lo aborde con objetividad y sin enfoques preconcebidos.

En ese sentido he propiciado su enseñanza oficial¹; más tarde o más temprano tendrá que formar parte de los programas universitarios médicos y odontológicos, lo que ha de contribuir a darle en nuestro medio el prestigio que tiene en otros.

Después de esa pregunta que nos sirvió de introducción al problema del hipnotismo, se plantea otra, generalmente, que se refiere a la esencia misma del fenómeno hipnótico: ¿Qué es el hipnotismo? La etimología, ya lo dijimos, no es quizá muy exacta. Presupone algo. Presupone que la hipnosis es semejante, parecida, igual al sueño.

Los puntos de contacto entre los dos estados, son en verdad múltiples; no insistiremos en ellos; bastará mencionar el desinteresarse bergsonianos del ambiente, que es común a los dos; el parecido entre la somnolencia y el hablar en trance; entre el ensueño y las alucinaciones provocadas; entre el sonambulismo y la etapa sonambúlica hipnótica, etc.

Pero la identificación no debe llevarse demasiado lejos.

Entre otros datos, nos obliga a ser prudentes el que las ondas cerebrales del trance hipnótico son más parecidas a las del estado de vigilia que a las del sueño.

Apoyando con mayor énfasis en uno cualquiera de los componentes, se han multiplicado las teorías y de su número se deduce que falta mucho para un conocimiento cabal del hipnotismo.

Nuestra concepción será ecléctica, voluntariamente provisional e imprecisa.

Conviene desconfiar de los conceptos demasiado simples y claros tratándose de cosas complejas y oscuras. Como dice Boutroux, hay que buscar el matiz aun a riesgo de rozar la contradicción, porque no tenemos otro modo de captar la realidad.

La contradicción de hoy puede ser parte del todo armonioso de mañana que aún ignoramos y que descubrirá su sentido.

1. Los Auxiliarios de Hipnodoncia, Brihuega M. E., en Boletín Odontológico de la Semana Médica. II, 66, p. 1 (9 jun. 1955).

Así, no temamos exageradamente abrazar lo aparentemente antagónico de los autores de diferentes escuelas; lo reflexológico, la sugestión, la relajación concentrativa, la catalepsia de la atención, el "poder mágico de la palabra" y de los silencios, el papel de la voluntad, de lo afectivo, todo tiene su valor.

Todos los factores citados y muchos más, pueden entrar en la génesis del proceso hipnótico; determinar su proporción e importancia no es tarea sencilla; tengamos a todos en cuenta, pero no hagamos aun la suma. Mejor dicho, no los integremos. Es mejor que consideremos esos factores en función variable de uno cualquiera de ellos.

La hipnosis puede considerarse desde el punto de vista de los reflejos condicionados, pero es algo más que una sucesión de reflejos; de la misma manera, si "la hipnosis no es comunión añorosa", ello tampoco implica que deje de ser valedero que "el hipnotismo no podría concebirse sin la relación emocional del médico y el enfermo". Esta relación afectiva tiene casi siempre la forma de la confianza; el profesional debe merecerla siempre por su personalidad moral y por la idoneidad.

Resumiendo, podríamos definir la hipnosis como un estado segundo auto o heteroinducido caracterizado por fenómenos que, tomados en su conjunto, le son específicos, y entre los cuales cabe destacar por la constancia con la cual se observan, los reflexológicos y los inherentes al aumento de la sugestibilidad.

Parangonando con la psicología del gestalt donde un proceso aislado está determinado por un fin general, es conveniente considerar la hipnosis con criterio amplio, evitando encararla con un carácter demasiado marcado de especialización.

Tan malo como restarle valor, es concederle uno mayor que aquel que le corresponde; y pedirle demasiado puede ser una de las formas más eficaces de sumirla en el descrédito definitivo.

Por eso el hipnoterapeuta deberá atenerse a sus indicaciones y a sus contraindicaciones, extremando los requisitos científicos para toda innovación.

Hay que recordar que, al menos por el momento, el hipnotismo es básicamente una terapia sintomática.

Tiene muchísimas indicaciones. En psiquiatría, por ejemplo, es un excelente recurso en los delirios oníricos de algu-

nas autointoxicaciones, en la dipsomanía, en ciertos monoidesmos, en la sintomatología histérica y el insomnio. Ofrece un campo interesante para el diagnóstico diferencial de dolores de tipo neuralgiforme y en psicalgias. Bajo la forma de hipnoanálisis permite una rápida orientación utilizando la hipermnesia, la reviviscencia y la abreacción hipnótica, cuyos efectos curativos, en cambio, son bastante relativos.

En cirugía tiene preciosas indicaciones en el control de las hemorragias, salvo en aquellas producidas por alteración de la fórmula sanguínea; en el preoperatorio, en la preparación emocional del paciente con miedo al dolor o tanatofóbico; como anestesia de base, o como única anestesia en lesiones cardiovasculares y de los emuntorios; en cirugía menor y odontocirugía; en el postoperatorio bajo la forma de sugestión posthipnótica anestésica, como acelerador del proceso cicatricial o para eliminar alguna manifestación molesta.

Combinado con drogas, en la terapia por el sueño prolongado, sobre cuyos alcances hay que llamar la atención.

Inapreciable en el parto es el valor del hipnotismo y casi no hay especialidad médica donde no tenga alguna aplicación.

No insistiremos porque con lo dicho basta para dar una idea de lo útil que puede resultar la hipnosis; tampoco, por no corresponder hacerlo aquí, nos referiremos a sus aplicaciones extramédicas, que son muchas y merecedoras de profundos estudios, especialmente en ciertos problemas educacionales, —bajo la forma de sugestión vigil o formal—, en algunos problemas artísticos, en la exploración del folklore, etc.

Sus contraindicaciones y riesgos son los inherentes a la utilización en casos o pacientes en quienes no corresponde o es contraproducente la hipnosis, al empleo defectuoso de la técnica, o al descuido del tratamiento convencional complementario.

El peligro de que un profesional pueda causar daño serio con el hipnotismo es muy remoto; no nos referimos aquí al aspecto moral, cuyo mero planteamiento sería poner en duda la realidad misma de la ética profesional, sino al daño físico y psíquico.

Otra de las ventajas del hipnotismo es que, si bien requiere para su práctica integral un conocimiento amplio, una verdadera formación psicológica, su aplicación en sí es práctica, sencilla, y puede realizarse en el propio consultorio, en el do-

micilio del enfermo, la clínica o el hospital, a poco que se cumplan elementales requisitos referentes al ambiente.

La hipnolabilidad o resistencia se determina sin dificultad por medio de tests adecuados, agregándose luego los datos a la ficha o la historia clínica.

El factor tiempo cuenta poco, porque el poco que se pierde ha de recuperarse luego con creces, sobre todo con el uso metódico del signo señal.

Quiero destacar al respecto que he obtenido inducciones rápidas y cómodas por el agregado de un punto luminoso a la técnica progresiva de Braid, más o menos modificada; hecha en la oscuridad y en un ambiente silencioso, con el sencillo artificio de la linternilla, se facilita el trance verbalmente provocado. Luego puede iluminarse al paciente y comenzar el tratamiento.

Un transformador regulable y una pequeña linterna con una lamparilla preparada para dar un punto luminoso adecuado, preferentemente de color azul, morado, o violeta, forma todo el equipo, que puede reducirse, en caso de necesidad, a una simple linterna de bolsillo.

La utilización de la luz en hipnotismo es cosa muy antigua y Roger reserva el nombre de braidismo para el sueño artificial obtenido por la fijación visual de un objeto luminoso.

Con o sin ayuda del mencionado artificio, hipnotizar no puede ofrecer dificultad alguna para el médico; como un setenta por ciento de los sujetos son hipnotizables sin auxilio de drogas coadyuvantes, las posibilidades ofrecidas son muy grandes.

Desde un punto de vista estrictamente teórico se podrá acaso restringir el campo de sus aplicaciones, objetar algunas indicaciones o su valor, pero no negar la realidad positiva del hipnotismo.

Al menos, por un elemental deber de equidad y de conciencia científica, no se puede negarlo "a priori".

Si es cierto lo que dice Ortega y Gasset cuando afirma que el interés desinteresado mide con rara exactitud la dosis de fuerza vital que poseemos, la joven y sana vitalidad de la ciencia argentina, en una atmósfera más apropiada que nunca, tiene en el estudio del hipnotismo científico un medio para ejercer sus poderes en la siempre sagrada búsqueda de la verdad.

MIGUEL ENRIQUE BRIHUEGA.

LECTURAS

LA LECTURA

Una de las artes más descuidadas y, sin embargo, una de las más necesarias, es el arte de la lectura... El que lee bien no sólo encanta el oído, sino que hace gustar al espíritu las cosas bellas y grandes, eleva las mediocres, deja notar hasta las menores delicadezas del estilo, da interés y vida a todo.

Así se expresaba Mons. Dupanloup en una carta a un profesor de lectura, y añadía: Hasta el presente la educación no se ha consagrado gran cosa a cultivar en los estudiantes la flexibilidad de la voz, la precisión del oído, la atención del espíritu y la delicadeza de observación necesarias para leer bien. Una laguna tan deplorable proviene en parte de la falta de libros elementales convenientes.

Desde la época en que estas palabras fueron escritas, se han multiplicado los libros destinados a la lectura artística; pero todos ellos son, más que textos para colegiales, obras amenas en que se revela el ingenio de sus autores, sus condiciones de estilistas y la excelencia de su argumentación en favor del arte de leer. Los preceptos —cuando los hay— están perdidos entre disertaciones y anécdotas, más o menos interesantes y oportunas, que alargan los libros y los tornan inadecuados para colegios y escuelas.

Estoy muy lejos de censurar estos trabajos; al contrario, pienso que se les debe, en gran parte, la idea cada vez más generalizada de que es agradable, útil y hasta necesario leer bien. A ellos —sobre todo al encantador tratado de Legouvé, tan conocido entre nosotros— se debe la difusión de la enseñanza de este arte en las escuelas públicas; pero el maestro que los estudia, y que se deja convencer por ellos de que es conveniente enseñar a leer, tropieza con la dificultad de la falta de un texto que recomendar a sus alumnos; no puede hacerse auxiliar en sus lecciones prácticas con la sólida preparación que da la teoría. Con todas sus cualidades —y algunos son excelentes— los tratados que figuran en los catálogos de librería, no sirven para el caso. El maestro los consulta quizá; los toma como guía, pero no los adopta como texto.

Los textos exigen precisión, claridad, sencillez, concisión, síntesis.

He ahí las cualidades que he procurado dar a este opúsculo. Me han auxiliado mi práctica en la cátedra, la observación de los métodos que emplean los maestros y el éxito que obtienen; he presenciado clases en escuelas y colegios, y he revisado cuidadosamente los libros existentes sobre la materia. El resultado de esta experiencia y de este estudio, lo he condensado en un cortísimo número de páginas —el menor número de páginas que me ha sido posible—, a fin de no recargar mucho la memoria de los alumnos a quienes está destinado y dejar amplitud a la obra del profesor.

He creído útil comenzar por una revisión de la ortología para hacer más sólida la base del edificio. Entre nosotros se habla generalmente muy mal; se suprimen algunas letras; se pronuncia equivocadamente otras; se precipita inmoderadamente la voz o se emplea una lentitud ridícula; se arranca con gestos simios las palabras que se resisten a salir de la garganta; se pierde, en fin, lamentablemente toda la eficacia que da al razonamiento la pronunciación justa y apropiada. Lo primero, por lo tanto, es aprender a hablar; repasar las reglas y ensayar su aplicación hasta que se dominen los malos hábitos.

Están muy errados los que creen que la práctica basta para adquirir las condiciones de buen lector. La práctica, sin correcciones y sin preceptos, puede dar fluidez y aun expresión; pero arraigará todos los defectos naturales y todos los vicios adquiridos.

El estar exclusivamente limitada a la práctica, la enseñanza de la lectura en la escuela, —dice un eminente pedagogo— es un hecho suficiente por sí mismo para explicar por qué se forman imperfectos lectores en ella ¹.

¿Es posible mientras se lee acordarse de las reglas de la lectura? He aquí una pregunta muy frecuente.

No; no es posible; como no lo es acordarse de las reglas de la esgrima durante un desafío; pero el que haya aprendido esas reglas y las haya afirmado con el ejercicio, no necesitará recurrir a su memoria, llegado el caso. Las aplicará sin darse cuenta de ello.

RICARDO JAIMES FREYRE.

1. JOSÉ M. TORRES. Metodología.

EL DESCUBRIMIENTO DE LOS MUNDOS SEPULTADOS

LA CIUDAD ENTERRADA RESUCITA

El pasado se impone de inmediato al viajero que desembarca en Oriente, pero no en todas partes con la misma intensidad y menos aún con el mismo esplendor. No le esperan sorpresas; irá experimentando sus impresiones en forma gradual. Karnak a la luz de la luna o el Ramesseum entre las largas sombras de una tarde de enero, suscitan una emoción muy diferente de la que se siente al mirar las seis columnas de Baalbek o la puerta del "Palacio de Belsatzar" en Babilonia.

Sin duda aquí y allá la arquitectura difiere, aunque todos los monumentos tienen una escala colosal, pero esto no basta para explicar esas reacciones múltiples y algunas veces opuestas. El ambiente ejecuta y da el tono. Nunca podrá olvidarse el fondo salvaje de los acantilados del desierto que acompaña al Nilo, ni tampoco la faja ocre del Líbano, que conserva hasta muy entrado el año, y bajo un cielo azul violento, el blanco reguero de las nieves tenaces. Y es precisamente ante esos acantilados donde el Ramesseum yergue la armonía de sus columnas, al pie de ese Líbano donde Baalbek resplandece con la altivez de sus ruinas gigantescas. En Babilonia el contraste es absoluto: no lejos del palmar que bordea la cinta del Eufrates, se agrupan los escombros de los palacios surgidos del vientre de la tierra. Un sol implacable los devora nueve meses del año, un sol que "come" los detalles de esa arquitectura de ladrillos grises, tan triste cuando se la compara con los calcáreos dorados de Fenicia o con el granito rosa de Assuan. Sin embargo, sobre esta desolación flotan grandes recuerdos y se imponen grandes nombres, que acompañan, mejor aún, que orquestan esa visita, que sin ellos tal vez resultaría triste y sin encanto: Hammurabi, Nabucodonosor. Mas, ¿por qué callar la decepción que sentimos al comprobar que en Babilonia queda tan poco de los "jardines colgantes" y casi nada de la "torre de Babel"?

No obstante, Tebas, Baalbek y Babilonia, con sus campos de ruinas, son acogedoras y los itinerarios turísticos las han incluido en sus programas. Aun sin mayor iniciación, el recién llegado puede entrar en contacto con el pasado que esté visible en la superficie de su arquitectura. ¡Pero cuántos van

a caminar, sin sospecharlo, al lado de un mundo todavía sumergido! En la Mesopotamia, la monotonía del desierto o de la estepa se encuentra quebrada a veces por un pliegue del terreno dominado por algunas colinas. El viajero desprevenido que se apresura en su camino, se sorprendería al saber que ha pasado a pocos metros de una ciudad muerta. En la Alta Siria o en esa planicie de sorprendente fertilidad que se llama Alta Djéxiré, sobre la orilla izquierda del Eufrates, no se trata ya de grandes extensiones onduladas, sino de una sola y enorme porción de tierra llamada tell, que se levanta como una gran protuberancia. Aquí también hay una ciudad escondida; a sus pies se han agrupado algunas casas modernas, con techos cónicos en forma de panal, construídas con la tierra mezclada con los despojos de una arquitectura muchas veces milenaria.

En este país la naturaleza se muestra a menudo severa. A veces se venga de la civilización que introduce su maquinismo y su mecánica sobre un suelo que durante mucho tiempo no había tolerado otra cosa que el paso de los camellos y a lo sumo la rueda compacta de las carretas. Tempestades de arena y hundimientos en las dunas son las pruebas más frecuentes, a las que han escapado muy pocos exploradores al tratar de atravesar ciertas regiones del Sur del Irak. Contraste absoluto, y esta vez venganza del barro, se presenta después de las lluvias violentas del invierno, cuando el desierto se convierte por varios días en un pantano infranqueable, donde los automóviles sorprendidos por el mal tiempo se hunden hasta los ejes y, en caso de no tener cerca algún auxilio, se ven obligados a esperar que la tierra se haya secado completamente para poder salir.

Pero esta severidad jamás ha desanimado a nadie. Al contrario, sólo se aprecia de verdad lo que se ha luchado para obtener, y así la travesía del desierto ha dejado de ser una dificultad ahora que los vehículos lo surcan, que las rutas han sido balizadas y que los oleoductos han abierto su vientre. A pesar de esto, el contraste es todavía grande entre la rocalla de la estepa y el encanto de los bordes del río. Después de la soledad y las extensiones desoladas, he aquí la vegetación, los árboles, los cultivos. A medida que, desde Siria, se penetra en el Irak, las palmeras, tímidas al comienzo, se hacen cada vez más numerosas y pronto se convierten en inmensos jardines, oasis de frescura y sombra. Allí, entre el murmullo de sus norias, el viajero fatigado de sol y de

polvo, disfruta sin reservas de las delicias del paraíso terrenal. Hace unos momentos se sentía desalentado y cansado, ahora ha olvidado todas sus penurias y la vida le sonríe nuevamente. Palmares de Ana, de Hillé o de Bassora, todo el que los recorre cree penetrar en "aquel jardín plantado en el Edén" del libro del Génesis.

No es de extrañarse que la tradición haya buscado allí el Paraíso, ni tampoco que grandes imperios hayan podido prosperar allí. Sobre la gran arteria de circulación del mundo de entonces, entre el golfo Pérsico y el Mediterráneo, vuelta a la vez hacia el Occidente y hacia las Indias, la Mesopotamia era el corazón de la civilización. Después de haber brillado con incomparable esplendor, esa civilización decayó, para luego extinguirse. Ella está allí bajo esas colinas de escombros que el pico de los arqueólogos ha comenzado a perforar.

* * *

Toda exploración, por más reducida que sea, requiere una preparación minuciosa. Cuando se ha de pasar varios meses en pleno desierto, conviene hacer un inventario de lo que se va a necesitar para la vida y el trabajo de la expedición, teniendo en cuenta que no se encontrará nada, o casi nada, en la región donde se instalará el campamento. Pero hay grados en el aislamiento. Nuestra sola experiencia nos permite dar los siguientes ejemplos:

En Byblos, donde asistimos al señor Dunand en 1928, los mercados (souks) donde podíamos encontrar las provisiones, estaban a pocos metros de la obra. En Baalbek, en 1927, la comodidad era todavía mayor: comíamos y dormíamos en el hotel... En Neirab, nuestra primera obra (1926), vivíamos en tienda de campaña, pero desde el tell divisábamos la ciudadela de Alep, que estaba a sólo ocho kilómetros, y todos los domingos disponíamos de una "licencia de veinticuatro horas" para ir a la ciudad y sumirnos nuevamente en los encantos de la civilización. Para fortuna de los pintores y también de los recuerdos, los lugares son algunas veces de acceso más difícil, y por lo tanto se puede gozar de un aislamiento que puede ser absoluto. En Tello, cuyos alrededores se han vuelto otra vez impracticables para el automóvil, no reinaba sin embargo la verdadera soledad, pues había campamentos, que formaban como una guirnalda alrededor de las ruinas, a una distancia que oscilaba entre los cinco y los diez kiló-

metros de nuestra instalación. De Mari hay once kilómetros hasta la ciudad de Abu-Kemal, aunque hay algunos pueblos más cercanos y, sobre todo, gracias al desarrollo de la irrigación, los cultivos bordean la base de los tell. Larsa continúa siendo el lugar soñado para una cura de silencio y de meditación. Se trata esta vez del verdadero desierto, sin un solo campamento a la vista. En rededor, las dunas cercan la estepa, oscurecida de tanto en tanto por matas de tamariscos bajos. Un agua salobre yace al fondo de un hoyo cavado un día por los trashumantes beduinos. Abastecimiento y correo a cincuenta kilómetros y, en la época que nosotros estuvimos (1933), una vez por semana.

Quien tiene la vocación del desierto conservará una impresión imborrable de esa estada. Durante las semanas vividas dentro de ese marco austero, ligado a la civilización y a la patria por la llegada semanal de un paquete de cartas —donde a veces falta la que se espera— y de algunos diarios, como regla general de quince días atrás, uno se siente convidado a vivir la verdadera vida, sin convenciones, sin falsedades, sin prejuicios. Lucha perpetua contra los elementos y contra la fauna más variada: la arena, cuyas tempestades se desencadenan dos o tres veces por semana; el sol, que es implacable en esta tierra sin sombra; la lluvia, afortunadamente escasa, ya que convierte el campamento en una prisión, con un barro más eficaz que la más intrincada alambrada de púas; el calor de la siesta, el momento de subir a la obra, cuando tantas veces uno preferiría recostarse; el frío de las noches, que invade los zarifés, nuestras casas de cañas, estufa al mediodía y glaciador por la noche; las moscas rapaces e insultantes; los escorpiones que se arrastran al pie de las paredes y a veces se esconden en las camas; las víboras con cuernos, acurrucadas entre las ruinas, cuya mordedura acabaría en pocos minutos con el más fuerte.

Lucha implacable, en la que el hombre se muestra tal cual es, con sus defectos que se acentúan a medida que los nervios se ponen más tensos, pero al mismo tiempo con las posibilidades y los medios que se acrecientan en proporción con los esfuerzos a realizar y con la misión a cumplir. Y si todo esto lo engrandece física y moralmente, ¿qué decir del enriquecimiento espiritual? Ante el silencio del desierto, quebrado sólo por el maullido de los chacalés o el aullido de las hienas, bajo la bóveda cada día más bella de un cielo cuyas resplandecientes lámparas dominan el campo apacible, el al-

ma se abre toda al soplo del infinito y a la lección de la eternidad. Es en la noche del desierto donde hay que releer el Salmo XIX:

“Los cielos proclaman la gloria de Dios
Y el firmamento narra la obra de sus manos
El día se lo relata al día,
La noche se lo hace conocer a la noche”. (V. 2-3)

Parece también, en el silencio de la noche, que el pasado se aproxima realmente. Entre las ruinas, cuyos planos recortan espacios de sombra, de continuo se espera ver reaparecer a aquellos que hace cuatro o cinco mil años hollaban el mismo suelo, abrían su pecho a la misma brisa fresca, contaban las mismas estrellas.

Pero esta visión se desvanece con la mañana. Los obreros, llegados de todos los puntos del horizonte, han vuelto a formar sus equipos. La obra se anima y los picos continúan abriendo el vientre de la tierra.

* * *

Son doscientos, a veces trescientos, cuando se trabaja de lleno, los que, desde el alba hasta el anochecer, con una larga pausa al mediodía y un corto descanso en cada media jornada, operan con nuestros equipos: picos pesados, grandes palas de trabajo, vagonetas. Los peones llevan en canastos, desde la obra hasta el vagón, la tierra recién removida. Al comenzar cada campaña, todos están faltos de entrenamiento, pero, como un motor que se ajusta con el uso, el musculoso beduino se adapta muy pronto al manejo del pico, y las pantorrillas nerviosas de los muchachos se agilitan con la ronda incesante del pico al vagón, del vagón al pico. Al fin de la jornada, es impresionante el volumen de la tierra removida y acarreada, vagón tras vagón, para ser amontonada en gigantescos conos, lo más lejos posible, teóricamente fuera de los tells, para no cubrir zonas cuya exploración podría interesar algún día.

Una vez levantada la capa superficial, aparecen los muros, que resulta fácil seguir cuando son de piedra o de ladrillo cocido, pero muy difícil descubrir cuando el material más frágil, ladrillo crudo (es decir secado al sol) o apisonado, se confunde con el material desmoronado. Con mucha frecuen-

cia los monumentos están despedazados, desmenuzados por la erosión, estropeados por las guerras o los pillajes. En ese caso es preciso ir lentamente, utilizar algunas veces herramientas más pequeñas, a menudo detenerse y esperar que la tierra, al secarse, muestre las diferentes tonalidades, gracias a las cuales se podrá distinguir lo que está construido de lo que no lo está. Existe pues toda una técnica indispensable, que no se aprende en los libros sino en la experiencia de la obra. Esta técnica ha progresado rápidamente desde hace más o menos veinte años y, al reducir los daños, capacita al explorador para no destruir jamás el objeto que se proponía encontrar.

* * *

Todo un equipo se halla asociado en esta tarea compleja, que se vuelve todavía más a medida que se avanza hacia un perfecto y total desconocido. Estado mayor de la expedición, **staff** como dicen los anglo-sajones, cuyo jefe de misión es el cerebro y el animador, y cuyos colaboradores, más o menos numerosos —depende siempre de los medios financieros—, tienen cada uno atribuciones perfectamente determinadas:

Arquitecto, para el relevamiento de todas las construcciones que se desentierren; **dibujante**, para conservar los diseños supuestos a los objetos de interés (estatuillas, cerámica, herramientas, objetos de terracota, joyas, amuletos, etc.); **fotógrafo**, cuya carpeta engrosa a medida que la campaña avanza, pues es necesario fijar sobre el papel o la película, todo lo que ha sido registrado por el arquitecto y el dibujante, además de todo lo que éstos no abarcan, como por ejemplo la progresión del trabajo, y lo que se va despejando; **epigrafista**, encargado de leer, lo más rápidamente posible, cuando no de inmediato, todos los documentos escritos que se extraen del suelo, ya que de este interrogatorio puede depender una mejor conducción de la búsqueda, o una más acertada interpretación de los resultados obtenidos; **inspector**, encargado de representar la Misión ante la Dirección General de Antigüedades del país a que pertenece el territorio en que se realiza la exploración; y por último **jefe de obra**, para resolver el problema práctico de la exploración, con la formación de equipos de trabajadores, distribución y conservación de las herramientas, instalación de las vías "decauville" reparto de las zonas a perforar.

He allí el cuadro indispensable para una misión "tipo", que podrá además contar con algunos hombres suplementarios:

asistentes arqueólogos, restauradores de objetos antiguos, técnicos para casos de hallazgos delicados que requieren procedimientos especiales para ser despojados o consolidados. Estas son pues las piezas cuyo eficaz y armónico funcionamiento es una de las condiciones del éxito, pues toda búsqueda, si está bien llevada, tendría que terminar siempre exitosamente. Aun si el lugar es pobre, y fatalmente los hay entre los cientos de **tells** que cubren la Siria o el Irak, es siempre el pasado el que se trata de reconquistar, y nada de ese pasado es indiferente. Sin embargo, todo explorador espera que la suerte habrá de sonreírle un día, que le llegará la hora de los grandes descubrimientos y de las fuertes emociones, que después de haber recogido escasos y modestos vestigios de antiguas instalaciones, verá aparecer el hombro de una estatua, o surgir de la tierra los fundamentos de un palacio. Porque si bien todo el pasado tiene interés, hay que reconocer que existen distintos grados en ese interés.

* * *

Admitamos que la suerte nos ha citado en Mari. Nos resultará fácil anotar aquí por qué caminos nos ha llevado y evocar para los futuros candidatos a exploradores, algunas impresiones de aquellas grandiosas jornadas.

Si se colocan frente a frente dos fotografías, una de ellas tomada al llegar, donde se conserva fielmente la imagen del lugar antes de que se haya dado el primer golpe de pico, y la otra, tomada después de tres o cuatro campañas, la constatación es sorprendente. Se comprueba entonces todos los progresos realizados, y se juzga con mayor serenidad ciertas fases de decepción y hasta de vago temor, que fatalmente se han experimentado, cuando el adelanto se retardaba por imprevistos, o cuando el descubrimiento no se producía en el momento que se lo tenía por seguro.

Las magníficas fotografías aéreas tomadas por la aviación francesa del Levante, dan una idea de la amplitud del palacio de Mari, descubierto en 1935, cuya superficie tiene casi tres hectáreas. Es una verdadera ciudad dentro de otra, y ha sido encontrado en admirable estado de conservación.

En las zonas menos maltratadas, las paredes alcanzaban una altura de tres a cinco metros, y en los enormes patios con piso de baldosas de terracota, grandes tinajas se conservaban paradas y alineadas, apenas resquebrajada su super-

ficie bajo el peso de los desprendimientos. Un zócalo de piedra indicaba el emplazamiento de un pedestal, sin duda el del intendente encargado de hacer el inventario de las entradas y salidas de las asignaciones en productos naturales indispensables para la vida cotidiana de un personal numeroso. El palacio cobijaba seguramente, además de la familia real, las "casas civil y militar" y las oficinas, lo que hoy llamaríamos ministerios del Estado. Resultó fácil reconocer los departamentos privados del rey. Estaban colocados en un ángulo del edificio, bien aislados y protegidos. El rey y los suyos podían pues vivir en perfecta tranquilidad, al abrigo de las miradas indiscretas. Nada les faltaba, dormitorios, baños con bañeras en su lugar y listas para funcionar, salones de recepción, patio para solaz y juegos. Pero cuando nosotros llegamos, el mobiliaje había desaparecido casi por completo, sin duda destruido por los babilonios vencedores de la ciudad, o llevado por ellos como botín de guerra.

Afuera, la vida parecía haberse apenas detenido. En una pieza había una cocina instalada. Hecha de tierra refractaria, con sus hornallas para los calderos y la entrada del hogar, hubiera podido funcionar en cualquier momento. Tampoco habría faltado la vajilla. Valga como prueba un "juego de mesa" de casi cincuenta piezas, formado por platos hondos, de variadas formas y decoraciones, que debían servir para la preparación y presentación de quesos y productos lácteos. No se desconocía pues el placer visual en la mesa del rey.

De este modo, de habitación en habitación, de salón en salón, de patio en patio, avanzábamos hacia nuevas revelaciones. Se nos presentaban a cada paso, más o menos ricas, más o menos preciosas, a menudo imprevisibles. Con frecuencia lo hemos experimentado; en sectores donde desconábamos el descubrimiento, la búsqueda no lograba su objetivo, y los metros de cubos de tierra extraídos no ofrecían nada. En otros lugares, donde creíamos realizar un deslinde estéril y fastidioso, surgía "la pieza". Aquí sobre un peldaño de una escalera, una magnífica cabeza en alabastro, que conservaba intacto su perfil sonriente. Allá, casi en la superficie, la estatua acéfala de un gobernador de la ciudad, envuelto en su vestido con festones, salvajemente mutilada.

Hora sombría aquella en que los soldados de Hamurabi toman de asalto el palacio y a mazazos saquean las obras de arte que abriga. Hora de aflicción aquella en que el palacio arde, en tanto que en la sala del trono se enciende una

hoguera, alimentada por todo lo que traen de las piezas vecinas los guerreros excitados. En esa hoguera hemos encontrado semicarbonizados, trozos enormes en los que se reconocían las vigas arrancadas de las terrazas.

En la misma sala del trono, al pie de una majestuosa escalera que daba acceso a una tribuna, reservada sin duda a una estatua divina, yacía de espaldas, casi intacta, la enorme estatua de un miembro de las dinastías locales. Sobre un hombro, una corta inscripción grabada en tres casillas, daba su título y su nombre: Ishtup-ilum, gobernador de Mari. Cuán febrilmente la extrajimos, ansiosos por conocer la identidad de ese personaje de barba, con las manos juntas en la actitud consagrada de los fieles ante la divinidad. Los obreros dejaron sus herramientas para observar a nuestro querido y llorado colaborador André Bianquis († 3 de abril de 1936) quien, tomando el pico se esforzaba en liberar completamente la pesada escultura de la faja de tierra que la encerraba y que la había marcado con su macizo rastro. Muchas horas fueron necesarias, pero la operación finalizó con un éxito completo. Fué también André Bianquis el que tuvo el honor de desenterrar en Mari las primeras tablillas cuneiformes, impresionante amontonamiento de una montaña de archivos: contratos, inventarios de mercaderías, listas de obreros y obreras, cuentas y, sobre todo, la correspondencia diplomática de una corte y de un Estado en los comienzos del segundo milenio A. C. Estos millares de textos, confiados a un equipo de asiríólogos franceses y belgas (entre los cuales me regocijo de poder citar los nombres de Jean, Kupper, Bottéro, Finet, Boyer, Jestin, Birot) dirigido por el profesor G. Dossin, están en vías de publicación. Cinco volúmenes han aparecido ya, de una gran serie titulada Archivos reales de Mari, editados por la Imprenta Nacional, y esperamos que cada año puedan agregarse dos volúmenes a la colección. De este modo habremos hecho conocer, en el más breve plazo, ese mundo nuevo, reconquistado de pronto, bajo sus múltiples fases: política, geográfica, económica y jurídica.

Pero no sólo la "Gran Historia" renace al examen de esas tablillas de arcilla, de líneas apretadas y continuas, grabadas en ambas caras con estilete, sino también la "pequeña historia", con sus hechos diversos y sus incidentes sabrosos, pues junto a los informes grabados por los emisarios embajadores, gobernadores, jefe de ejército, se encuentran cartas

privadas, esquelas de la mujer al marido, misivas de la hermana al hermano, epístolas del padre al hijo o del hijo al padre. Es así como Shiptu, esposa del rey Zimrilin, y por lo tanto reina de Mari, recomienda a su amo y señor que se cubra a fin de no tomar frío en el viaje que emprende. Además, le envía vestidos abrigados. Tierna solicitud de una reina, enamorada y excelente esposa.

Tales son los hombres que se mueven en la escena del mundo de entonces, pero esos hombres y esas mujeres, cuyas voces nos parece oír al leer esas tablillas, cuánto más deseáramos verlos realmente, es decir, colocar un rostro a todos los personajes cuyo estado civil vamos reconstruyendo poco a poco.

Si algunas de las estatuas antiguas son retratos, podemos entonces contemplar los rasgos de algunos de los altos dignatarios de la ciudad, ya que las esculturas llevan nombres ilustres. Lamgi-Mari, rey de Mari, Ebih-il, el intendente; Idi-nârum, el molinero; Ishtup-illum, gobernador de Mari.

Sin embargo, los retratos, aun siendo fieles, no equivalen al original... y sólo las tumbas intactas podrán devolverse los al buscador. Pero en la Mesopotamia no hay momias como las de Egipto, donde las máscaras de los difuntos —recuérdese la de Seti I— son muy impresionantes, ya que la técnica las ha preservado completamente de la corrupción.

En las sepulturas que hemos desenterrado, los esqueletos están a veces envueltos en una mortaja que fué una piel de animal o una tela. A menudo, cuando la tumba no quedaba completamente "estanco" (herméticamente cerrada) los esqueletos están ahogados en la tierra de infiltración. Muy delicada resulta entonces la tarea de liberar el cuerpo sin alterar la disposición, para poder anotar la posición exacta y detallar el mobiliario fúnebre que generalmente acompañaba al difunto.

Las sepulturas son de los más diversos tipos, de acuerdo a la época y evidentemente a la condición social de cada individuo. En Mari conocemos una importante necrópolis de la época Selúcida (del siglo IV al I A. C.) descubierta intacta en 1951. Los cuerpos estaban encerrados, ya en féretros de terracota en forma de cáscara de nuez, ya en enormes cántaros cortados al costado para facilitar la introducción del cadáver.

En los comienzos del primer milenio A. C. los asirios tenían en Mari una colonia militar, especie de cuerpo de ocu-

pación, para mantener una cabeza de puente sobre la orilla derecha del Eufrates y al mismo tiempo controlar la gran ruta de las caravanas que unía el Golfo Pérsico al Mediterráneo. En 1936 y en 1951 hemos encontrado sus cementerios.

Se hallaban instalados en las ruinas de edificios de más de mil años de antigüedad. Las tumbas se reconocen inmediatamente, por el empleo característico de dos grandes cántaros colocados abertura contra abertura. En esta forma constituyen un abrigo de un poco más de un metro cincuenta, en el que se colocaba el cuerpo recostado sobre un lado y con las piernas dobladas.

Para abrir la sepultura sin dañarla, es preciso, después de haber separado los cántaros, seccionarlos a lo largo, retirar las partes que han sido separadas y trabajar pacientemente con herramientas pequeñas: paleta, espátula de modelar y con frecuencia pincel. Poco a poco, a medida que se va sacando la tierra de infiltración reaparecen los difuntos, rodeados de sus tesoros, tales como fueron abandonados hace más o menos tres mil años. Aquí una gran dama, con la frente adornada por una diadema de piedras preciosas engarzadas en oro, un anillo en la nariz, también de oro, aros de gráfila, anillos y pulseras. Sobre el pecho, una curiosa máscara de adolescente en frita barnizada, algunas bomboneras, botijas, frascos, un espejo de bronce y, curioso rito, un huevo de avestruz sobre cada rodilla. No lejos de ella otro esqueleto, un militar, sin duda, pues además de la vajilla y de los adornos, podía verse a su lado un carcaj de bronce con pequeñas flechas de hierro.

Mil años antes de esto, la manera de enterrar a los muertos era muy similar. Sólo la tumba es distinta. Se utilizan también dos recipientes, abertura contra abertura, pero en lugar de colocarlos horizontalmente, se los dispone en posición casi vertical. El mobiliario fúnebre consiste generalmente en piezas de cerámica colocadas fuera de la tumba. En la misma época se conocía además una especie de tina-sarcófago donde el cuerpo reposaba en posición horizontal, aunque encogido.

Las sepulturas de terracota fueron ya utilizadas varios siglos antes. En este caso el cadáver descansaba en una especie de tapa, o en dos recipientes adornados por anchas nervaduras, cuyas partes abiertas se juntan; dicha unión se reforzaba con ladrillos colocados horizontalmente.

Al parecer, los cadáveres de los niños eran colocados todos en un mismo rincón, al pie de una de las murallas de la casa, siempre sobre el pavimento. Sus tumbas eran también de terracota pero no se utilizaban cántaros, sino una especie de botijas recubiertas por una honda fuente o bien por un plato grande. Aunque desarticulado, el pequeño cuerpo iba también acompañado por un modesto mobiliario: una o dos copas, algunos huesos de animales, para su alimentación en el más allá. Algunas perlas diseminadas servían más como talismán que como adorno. Así se dormían para siempre los habitantes de la Mesopotamia que habían penetrado en "la casa donde el que entra no sale más".

Esta existencia póstuma llena de temores, tal vez de angustia, no era considerada como automática retribución del bien o del mal cometido sobre la tierra. La vida del más allá no parecía depender ni del credo ni de la fe de los difuntos. No obstante, éstos habían vivido, de la cuna a la tumba, bajo la protección de un conjunto de dioses poderosos, a los cuales habían reconocido y ante quienes ofrecían periódicos sacrificios. La religión envolvía toda la existencia, poblada permanentemente de numerosas y bienhechoras presencias. Todo esto está ampliamente ilustrado por los numerosos templos que van apareciendo y que generalmente aportan abundante documentación. Sólo faltan los oficiantes y los participantes, pero resulta fácil evocarlos.

Ciertos trazos de la arquitectura o ciertos elementos de decoración parecen indicar que algunos de esos cultos comportaban ceremonias misteriosas de las que sólo podían participar los iniciados, sacerdotes o soberanos. Las salidas en zig-zag y los corredores estrechos indican ya que algo terrible ocurría en el interior de esos santuarios. ¿Qué decir cuando se ve a la entrada unos leones de bronce, con las fauces abiertas y amenazadoras, el cuerpo en tensión, pronto a un brusco salto? Ciertamente, la guardia que montaban todos esos monstruos, alineados sobre la explanada o en el interior del templo de Dagán, en Mari, no era considerada como una demostración simbólica, sino realmente como muy activa.

La colocación de los leones, por otra parte, marcada como un acontecimiento memorable (un año del rey Zimrilin está fechado por la instalación de los leones en la puerta del

templo de Dagán) no era sino la fase final de la construcción y de la consagración de los santuarios. Desde el comienzo de los trabajos se habían realizado minuciosos ritos para que la divinidad aceptara sin reservas la mansión que habían levantado sus fieles para ofrecérsela solemnemente. Pues, si el hombre tiene casa, con mucho mayor razón el dios debe tener la suya. En el curso de esta ceremonia se enterraba, en un ángulo del edificio, el depósito de la fundación. Rito idéntico, en todos sus puntos al de la "piedra fundamental" de nuestros días.

Mari nos ha devuelto buen número de esos depósitos. Muchos han reaparecido en los rincones de los templos de Ishtar y de Ninharsag; en el templo de Dagán hemos encontrado tres en otras tantas esquinas (el cuarto, cuya existencia damos por seguro, ha escapado hasta ahora a nuestra pesquisa); otros dos, en ambos extremos del umbral de un edificio llamado sahur; y otro por fin en el corazón del macizo de la ziggurat arcaica, reparada en 1952. Se trata de un depósito muy similar a los del santuario de Ishtar: un clavo de cobre hundido verticalmente a través de una ficha de collar chata y rodeada de tablillas de piedra y de plata sin ninguna inscripción. Es difícil explicarse una discreción semejante, ya que en general, los constructores mesopotámicos repetían hasta el cansancio sus nombres y el de la divinidad que deseaban honrar. Felizmente desde los comienzos del segundo milenio, la reserva cede a una mayor simplicidad. En los depósitos de los santuarios de Dagan o de Ninharsag, hemos encontrado los nombres de los gobernadores o príncipes que los habían edificado. Niwar-Mer, Apil-kín, Ishme-Dagan, Ishtup-ilum. Este último es el príncipe cuya estatua derribada en la sala del trono encontramos en 1935.

Estos santuarios, antaño bien guardados, reservan a los arqueólogos un abundante botín, al menos cuando las riquezas no han sufrido el pillaje de antiguos saqueadores o conquistadores. No dejaremos de citar a los clandestinos, que en nuestros días, como en Khafadje, han precedido muchas veces a los exploradores oficiales, privándolos de valiosos hallazgos y comprobaciones. En cambio, cuando se tiene la suerte de llegar primero, es a menudo una verdadera cosecha la que se recoge. Así fué la que encontramos en Mari, en 1939, en el templo de Ishtar, o aquella, aunque un poco menos abundante y menos rica, que nos esperaba,

en 1938, en el templo de Ninharsag. No nos atrevemos a tener en cuenta los restos que recogimos en 1952, en los santuarios adosados al flanco de la ziggurat arcaica, donde la devastación casi total había hecho estragos en el pasado.

Aquí y allá aparecieron los ex votos: estatuillas de adoradores y adoradoras depositadas hace más de cuatro mil quinientos años sobre los rebordes de piedra de los temples. Según la idea de los donantes, estas estatuillas prolongaban la plegaria y la oración, así como un cirio que, mientras arde, equivale a la presencia de un fiel.

En enero de 1934, recogimos docenas de ellas entre las ruinas de un edificio, y en un principio no sabíamos cómo identificarlas. Durante varios días se sucedieron los hallazgos. Uno de ellos fué fundamental, puesto que nos permitiría dar un nombre a la ciudad sobre la cual trabajábamos desde hacía seis semanas. Al recoger una pequeña estatuilla blanca, que llevaba inscripto el nombre de un rey de Mari, nos dimos cuenta inmediatamente de que tell Hariri era en realidad la vieja dinastía de Mari, y que el monumento que desenterrábamos era el santuario de la diosa Ishtar, a cuya intención los fieles habían colocado estatuillas, joyas, armas, vasos de valor. Esos regalos habían sido depositados allí, no sólo por los habitantes de la ciudad, sino también por peregrinos que presumiblemente habían cruzado el desierto para prosternarse a los pies de la divinidad, acumulando en sus atribuciones los ministerios de la fecundidad, del amor y de la guerra, Ishtar, cuyo astro es la estrella del pastor, es a la vez una diosa matinal —en este caso, con el día indica la hora del combate— y una diosa vespéral, pero entonces, con la noche, cesan las hostilidades y los hombres van a olvidar el fragor de las armas en la dulzura de los abrazos. La Ishtar de Mari tenía, pues, dos caras, aunque parece que en ella las hazañas guerreras tenían predominio sobre los placeres sensuales, ya que en los textos se le da el curioso epíteto de "viril".

Hombres y mujeres de toda condición habían dedicado estatuillas, de yeso o de alabastro a la "Ishtar viril", de Mari. Cuando éstas fueron reunidas y luego clasificadas al finalizar la campaña, constituyeron el conjunto más entretenido y al mismo tiempo el más impresionante, en el que alternaban los cuerpos decapitados con las cabezas sin cuerpo. Las piezas completas eran pocas, y parecían tomar por tes-

tigo a un jurado invisible de su sorpresa de haber salido ilesas de una masacre semejante.

. . .

Palacio de Mari, templos de Ishtar, de Dagán, de Ninharsag, ziggurat, son éstas las construcciones más ricas que hemos podido desenterrar, tanto por la calidad de la arquitectura como por el número y la belleza de las esculturas encontradas. El arte mesopotámico, al que se creía rígido y hasta brutal, se nos muestra con una faz sonriente y distendida. Una revelación más nos esperaba: las pinturas murales, que datan de los comienzos del segundo milenio. Hasta el descubrimiento de Mari, los documentos de pintura que se conocían —nos referimos solamente a la vieja Asia occidental— provenían de una época mucho más baja: palacios asirios (siglo VII A. C.); templos, capilla cristiana, mithraeum de Dira-Europos (siglo III D. C.); tumbas fenicias o de Palmira (siglos I y III D. C.). Las pinturas de Mari nos permiten remontarnos bruscamente en el tiempo, por lo menos un milenio.

Poner al descubierto estos conjuntos no fué cosa fácil. Con mucha frecuencia encontrábamos las composiciones rotas y diseminadas en mil pedazos entre las ruinas pulverizadas. Sin la inteligencia y la paciencia de nuestro arquitecto-dibujante, Paúl François, desaparecido († 3 de abril de 1936) con su camarada André Bianquis en el mismo trágico accidente, nada hubiéramos podido salvar. Es él quien ha recogido, pedazo por pedazo, todas las piezas y luego, como si se tratara de un rompecabezas, fué reconstruyendo los elementos, desde el más pequeño hasta los más importantes, cuyo minucioso estudio permitiría formarse una idea bastante precisa de la composición general.

Otro bello conjunto fué por casualidad encontrado *in situ*, cerca de una portada y al frente del patio que ésta decoraba. Desgraciadamente, el incendio que asoló el palacio oscureció notablemente todos los colores. Nosotros logramos sin embargo arrancarlo a la destrucción. Un excelente especialista en el desprendimiento de frescos antiguos, H. Pearson, ayudado por G. Tellier, ha realizado con éxito la operación de separar de la pared de tierra una delgada película pintada. Algunos años después se conoció el peligro de las sales antiguas y la química moderna trabajó intensamente hasta encontrar el antídoto eficaz.

Como puede verse, los arqueólogos tienen que tener el mayor cuidado para preservar de la ruina lo que sus picos han exhumado, pues muchas veces el peligro se hace más amenazador desde ese momento. En general, el manto de tierra o de arena había servido de protección; una vez en la superficie la luz y el aire retoman inmediatamente su ofensiva destructora. Por lo menos una carpeta figurativa completa se ha formado, con dibujos y copias en colores, todo controlado por fotografías. Al terminar la tarea del arqueólogo comienza la del conservador del museo.

* * *

Hasta ahora hemos tratado de dar una idea de los grandes desenterramientos horizontales, gracias a los cuales se sacan a luz, sobre vastas extensiones, las aglomeraciones en ruinas. Toda operación de búsqueda es una demostración de esta clase de trabajos, que han hecho surgir habitaciones alineadas, como en nuestros días, a lo largo de calles y agrupadas en barrios.

Es evidente que este método no podría ser el único, puesto que siendo así, se permanecería siempre en la misma época histórica. Sabemos que las ciudades antiguas se encuentran con frecuencia superpuestas. Después de las destrucciones, que eran frecuentes, la vida retomaba su curso, y luego de un somero nivelamiento, se reconstruía sobre las anteriores viviendas. Desde el instante en que a través de las distintas capas de superficie, nos hundimos en las profundidades de los tells, penetramos cada vez más atrás en el tiempo. El ideal sería poder separar completamente todas las ciudades antiguas, capa por capa. Pero ni siquiera vale la pena intentarlo con las capitales de la Mesopotamia. Ningún crédito sería suficiente y costaría muchas vidas. Los resultados no estarían tampoco en proporción con los esfuerzos prodigados. Sin embargo ningún explorador podría hoy descuidar esa incursión en el tiempo. Conviene por lo tanto elegir un sector restringido donde sea posible descender hasta el "suelo virgen" —es decir hasta donde ha desaparecido todo rastro de trabajo humano— o por lo menos hasta la aparición de las aguas de infiltración, que obligan a suspender la investigación, aun antes de haber alcanzado el nivel estéril. Después del trabajo "horizontal", he aquí la técnica "vertical".

Semejante empresa resulta siempre apasionante, pues nos hace sentir la impresión de que entreabrimos las puertas de

la noche. De la historia, que abandonamos cuando cesa la documentación escrita, entramos en la protohistoria, donde las grandes fases de la humanidad y de la civilización se ordenan en períodos más o menos distendidos, de difícil data, pero cuya sucesión se conoce, lo que ya es bastante. A partir de ese momento las obras de arte que pueden encontrarse son escasas. Sin embargo, todo tiene mucho valor y debe ser cuidadosamente registrado.

Cada día la enorme fosa donde se hallan reunidos los equipos se ahonda más y las escaleras se alargan. Al comienzo, éstas eran bastante anchas para que la evacuación de la tierra pudiera hacerse rápidamente, evitándose los empujones en las filas de obreros. Más tarde se hace necesario enangostarlas y los peones las utilizan por mitades. La subida de los "couffins" (vagonetas) se hace cada vez más lenta, pero la tierra sigue sacándose, canasto tras canasto, hasta el fin. Llega un momento en que las napas de agua subterránea transforman el terreno en una cloaca.

Cuando no se dispone de bomba para absorber el agua, es necesario detenerse. En Tello habíamos llegado a los diecisiete metros de profundidad sin haber alcanzado los límites de la vida, pero tuvimos que suspender el descenso. Habiendo partido de la superficie "en los alrededores del año tres mil", habíamos franqueado entonces por lo menos un milenio.

Nos esforzamos por extraer alguna enseñanza de los objetos encontrados. Las hoces de arcilla muy bien cocida hablan de cultivos y cosechas; las pesas evocan las redes del pescador; los clavos de tierra torcidos debieron servir para sujetar las esteras de caña a la choza familiar; las hachas podían haber sido a la vez el arma del cazador, el instrumento del campesino o la dotación del soldado. Los pequeños husos recordaban la hilandera o el tejedor. Los anillos de tierra o de conchillas hacía mucho tiempo que habían caído de los dedos de aquella que adornaron, en tanto que el mortero para las tinturas indicaba la coquetería de la humanidad que, desde sus orígenes creyó tener que corregir a la naturaleza. Sobre los primeros recipientes, los artifices, a grandes pinceladas, desplegaron un decorado con animales y combinaciones geométricas variadas y a veces ingeniosas. ¿Nacimiento del arte? ¿Lenguaje establecido? ¿Signos de pertenencia? ¿Operación mágica? ¿Quién podría jamás decirlo con certeza?

Gracias a estas reliquias que palpamos, y a pesar de su poco valor comercial, hemos podido llegar a las primerísimas

etapas de la "civilización", cuyo testimonio recogemos y cuyo mensaje quisiéramos poder transmitir. Pues parece difícil admitir que aquellos que encendieron la llama, no hayan pensado alguna vez en los que la recogerían para transmitirla nuevamente. Con los machetes de arcilla se estaba muy lejos de la bomba atómica. ¿Se estaría acaso más cerca de la felicidad?

ANDRE PARROT.

Traducción de M. E. Santillán de Herrero.

LA PALABRA Y LA ESCRITURA

1. — LOS PELIGROS ACTUALES DE LA PALABRA Y DE LA ESCRITURA

En momentos en que el mundo padece tan grandes conmociones, cuando las naciones cambian de aspecto, las sociedades buscan un nuevo equilibrio y, en cada individuo, la humanidad entera se interroga acerca de su propio destino, diríase que es aplicar el espíritu a un objeto muy menudo tratar de definir la esencia de la palabra y de la escritura. ¿Será algo más que un entretenimiento destinado a permitirnos olvidar nuestras preocupaciones? ¿Una especie de huida de la reflexión que, en vez de enfrentar con valentía sus tareas más urgentes y viriles, escoge el tema más frívolo, en el que nada pueda turbar sus complacencias en su propio juego?

Pero la palabra y la escritura son los instrumentos mediante los cuales los hombres se comunican sus pensamientos: por ellos actúan los unos sobre los otros; una idea, un deseo, nacidos en lo recóndito de la conciencia y que eran nada más que tímidas posibilidades, escapan de pronto, adquieren no sabemos qué sutil realidad que se insinúa en otras conciencias y en las que produce un movimiento misterioso que arrastra también a los cuerpos.

Ahora bien, es en los períodos más confusos y violentos cuando su acción es más poderosa y está expuesta, por el abuso mismo que de ella se hace, a hacernos olvidar su destinación primera y su divino origen. Corresponde entonces a las

almas más firmes, que están libres de toda pasión, volver a hallar su uso puro. Es a través de la palabra y de la escritura que los hombres logran captar esos relámpagos secretos que cruzan por cada conciencia para crear una atmósfera de luz común a todas. Por ellas viene a ser roto el sello de cada soledad y atravesado el foso que separa las diferentes soledades. Dan cuerpo a lo invisible y descubren el misterio del ser espiritual sin alterar, no obstante, su naturaleza, que no está en el sonido ni en la letra sino en el sentido, que el sonido y la letra retienen pero sin entregarlo.

II

La corrupción de la palabra y de la escritura es el signo de todas las otras corrupciones: es su causa y su efecto a la vez. Y no puede pensarse en purificar a una u otra sin purificar su misma alma. La época en que vivimos está, a ese respecto, llena de peligros: es preciso velar para conjurarlos.

Los progresos de la ciencia permiten multiplicar y difundir la palabra más allá del círculo familiar al que naturalmente se dirige: de ahí una suerte de desproporción entre el sonido que emite y el eco que produce, una distancia que se acentúa día tras día entre aquel que la profiere y aquel que la escucha. Cada uno de nosotros se ve envuelto en acontecimientos que lo sobrepasan pero que repercuten sobre su propia vida: habla de ellos como si fuera capaz de juzgarlos o de dirigirlos, poniendo en juego toda su pasión para encubrir su ignorancia a la vez que su impotencia.

Todas las voces que le llegan son nada más que un rumor macizo en el que no se reconoce ya el timbre viviente de un alma individual. Imitamos con demasiada frecuencia ese lenguaje primitivo e informe que, si nos descuidamos, pronto hará las veces de conversación.

Nos contentamos con repetir y no tenemos ya el gusto de descubrir. Vamos perdiendo paulatinamente esa delicadeza incomparable de la expresión que crea entre los seres una especie de comunicación ininterrumpida, siempre diferente y siempre en peligro, que semeja al mismo tiempo una génesis y una revelación. No poseemos más la experiencia de la soledad donde el pensamiento se evidencia ante sí mismo mudándose poco a poco en palabras cuyo efecto es romperla y ensancharla a la par.

III

El momento es oportuno para considerar de nuevo ese punto de eclosión en que el pensamiento naciente comienza a manifestarse en el lenguaje antes de cobrar forma en el mundo y modelarla a su imagen. La disciplina del lenguaje es la misma que la disciplina del silencio. Hay un silencio del pensamiento que las palabras más hermosas deben traducir y de ningún modo interrumpir.

Pero la palabra pertenece al instante: debe ser rara si no quiere ser testimonio del vacío del pensamiento creyendo dar testimonio de su abundancia. Debe estar en relación con las circunstancias y el acontecimiento; frustra su objeto si carece de oportunidad. En cuanto a la escritura, por el contrario, el peligro está en que se parezca demasiado a la palabra y llegue a ser perecedera como ella. Nada que no sobrepase el instante en que se produjo merece serle confiado. No cumple su verdadero cometido sino cuando conserva únicamente aquellos de nuestros pensamientos que los azares de la existencia apartan de nosotros a cada instante pero que deseáramos poder reencontrar siempre. Corre el riesgo de envilecerse si se la destina tan sólo a transmitir noticias, a producir movimientos de opinión.

La escritura nada es sin el estilo que la palabra alcanza en algunas felices ocasiones. Pero el desprecio del estilo, tan en boga actualmente, es signo de bajeza de alma. Nada subsiste si no es por el estilo, que es el sello mismo de la persona en el momento en que capta lo real en una tentativa única, cuyo valor no obstante es eterno. Pero la perfección del estilo es una perfección totalmente interior, que vuelve transparente al pensamiento, en lugar de residir, como se cree, en cierta belleza de sonido o cierta elegancia de movimiento que bastarían para ello. Hay una pureza de estilo que es una pureza esencialmente moral, que se encuentra en toda expresión y no únicamente en el lenguaje y que, libre de las búsquedas de la voluntad y de las complacencias del amor propio, sólo puede obtenerse por un despojamiento severo que, al desgarrar todos los velos interpuestos entre el espíritu y lo real, nos confía la verdad de nosotros mismos y del mundo en una coincidencia milagrosa. Tal encuentro de la vida oculta y de la vida manifiesta es para el espíritu siempre una gracia a la par que una resurrección.

2. — LAS VIRTUDES DE LA PALABRA

Nunca nos sorprenderemos bastante del poder de la palabra: diríase que formula en nosotros nuestro propio pensamiento aun antes de que hayamos realizado ningún esfuerzo, aun antes de haber tenido esa intención. Se anticipa a él y lo confirma; le proporciona un sostén fuera de nosotros que es instantáneo y excede infinitamente a todos los esfuerzos mudos de la reflexión. Si los hombres son siempre tan sensibles al prestigio de la palabra, si sólo ella puede a la vez llegarles, conmoverles e iluminarles, débese a que nos libra la presencia de otro y afirma nuestra presencia ante nosotros mismos al evidenciar nuestra común participación en la misma verdad.

Los orientales creen que, al margen de la fuerza física, existe una fuerza mágica que es la del lenguaje. Se manifiesta únicamente en la palabra, no sólo por el imperativo que basta para promover la obediencia, sino por la entonación justa en que las cosas concuerdan de tal modo con las palabras que las designan, que parecen responder a ellas. De ahí también la importancia acordada en los antiguos ritos a las palabras bien pronunciadas que son las únicas capaces de dejarles, al restituir el sonido, su sentido y su poder eficaz.

El hombre, en cuanto comienza a hablar, se desprende de la naturaleza y cesa de estar incorporado a ella. La evoca y la invoca a la vez. La envuelve en un encantamiento. El acto de la palabra presenta una suerte de irrealidad pero que nada quita a su poder. Y acaso nos revela hartos bien la esencia de la magia que no consiste, como se cree, en cambiar la naturaleza de las cosas, sino la naturaleza de sus relaciones con nosotros y, por su intermedio, la naturaleza de nuestras relaciones con los demás hombres.

Incluso las palabras que no designan cosas, y tan impropriamente denominadas abstractas, actúan sobre las almas milagrosamente por la sola virtud de su presencia: son como dioses.

La palabra va siempre dirigida a alguien: lleva hacia vosotros lo que hay en mí para que llegue a ser común entre vosotros y yo. Hablar es enseñar. Pero nombrar es ya invocar. ¿Y a quién puedo invocar sino a otro yo mismo de quien trato, en los dos sentidos de la palabra, de hacerme comprender? Mas también invoco a la cosa, como si pudiera comuni-

carne con ella y llegar a ser entre nosotros una especie de tercero y el testimonio vivo de nuestro disentimiento o de nuestro acuerdo. Sin embargo, las cosas no son ni siquiera los objetos del pensamiento, no son sino los medios por los cuales se expresa el pensamiento y lo que podríamos llamar, el alfabeto del pensamiento.

La palabra es una acción principiante que compromete nuestra responsabilidad porque es ya la promesa de una acción más real; y puesto que se trata de alcanzar, no las cosas, como parece, sino a los otros hombres, es también prenda de nuestra fidelidad. Toda palabra tiene el carácter de un juramento. Así es como admirablemente se dice dar su palabra. Y quien no la mantiene se deshonor.

II

La gracia de nuestra alma florece en la palabra. Es algunas veces de incomparable dulzura. Las abejas, dice la leyenda, se posaron en la boca del niño Platón. Porque es a un tiempo carne y pensamiento, una carne espiritual, transparente al pensamiento que la envuelve en su irradiación y la ilumina.

La palabra es la más leve e inmaterial de todas las acciones; en su forma más perfecta parece entregarnos el pensamiento totalmente puro. Cuando se tiende y señala el menor esfuerzo es porque la emoción y el querer la dejan en pugna con el cuerpo todavía: descubre entonces todas las resistencias que el alma trata de vencer sin conseguir abolirlas.

El niño habla antes de saber que habla; y hasta al hombre que más se vigila se le escapa siempre tal o cual palabra. La palabra precede a la audición, como el acto precede a la reflexión. Y para escucharse a sí mismo, así como para escuchar a otro, es menester cierta advertencia, alguna curiosidad o alguna inquietud.

La palabra pone de manifiesto el pensamiento y lo vela a la vez; puede ocurrir asimismo que lo reprima e incluso que suspenda su curso. No hay que cesar de vigilar nunca a fin de que esta servidora del pensamiento no llegue a ser la dueña y también, en ocasiones, la enemiga. Cuando cumple exactamente su papel deja de escucharse: cosa que no ocurre mientras se dice de alguien todavía que habla bien o habla mal.

Cuando el espíritu inspira todas las palabras, como si él mismo fuera el soplo que las emite, la palabra adquiere una soltura sobrenatural. Dijérase que no es sino un intermedio entre el pensamiento y la acción; pero este pequeño vínculo sirve a los intereses del espíritu puro mejor que el solo pensamiento, al que obliga a realizarse, y que la acción sola, que siempre es esclava de algún fin.

Traducción de S. de Andrade.

LOUIS LAVELLE.

FLOS SOPHORUM

1. — EL NIÑO Y LA LIBRERÍA

Este niño que mira la librería, tiene los ojos turbados por la confusión y por el deseo. Este niño sabe de libros que le infunden una manera extraña de pavor, a la vez que le atraen furiosamente. Obscuramente adivina que uno de esos temerosos volúmenes contiene la llave de su destino. Desde el punto en que habrá consumado la lectura de uno de ellos, ya su pasión quedará esclavizada, y él sin sosegar, hasta que habrá hecho entrar lo que dicen aquellas páginas en la familia de la propia mente.

¡Pobre niño pálido, que eres un sabio de mañana! Por este miedo de hoy, medimos la alteza de su futuro. A quien se queda suficiente y tranquilo ante un libro que no comprende, no le llama Dios, en verdad, por el camino de las fuertes cosas espirituales. Así como no es llamado a excelsitud de amor quien, en la adolescencia, no se turba ante una hermosa mujer desconocida.

Se cuenta de sabios, a quienes libros de matemáticas han hecho llorar. Tal vez este niño pálido que contempla ahora la librería, lloraría también.

Este misterio, alma, has de meditar. En las lágrimas del niño, sentirás ya el agrio fuerte perfume de la Flos Sophorum.

2. — EL CAMINO DE LAS MATEMÁTICAS

Euclides, que ya gozaba en Atenas del aprecio de los doctos y de los estudiantes, fué llamado a Egipto a la corte de Ptolomeo Sotero. Este magnífico soberano, protector de las

artes y de las ciencias, iniciador de la era sabia del alejandrismo, había concebido un plan vasto de instituciones de enseñanza. Se confió entonces a sabios ilustres la redacción de pequeños manuales iniciatorios que habían de formar una general propedéutica a las varias especialidades. Así, a Euclides le fueron confiados los *Elementos* que le han dado tanta gloria.

Ptolomeo y sus colaboradores encargaron sobre todo que se redactase una obra clara. Transcurrido el tiempo de composición, terminada ella, el sabio fué citado para presentarla al Emperador, en audiencia solemne. He aquí, pues, a nuestro matemático que allí va, llevando en la mano como una joya el rollo manuscrito; que era, sí, una verdadera joya, limitada, regular y clarísima, como compuesta de un único diamante... ¿Clarísima? Xenius, que ha insistido más de una vez en distinguir la claridad de la facilidad, puede ahora remitir al dulce lector a cosas dichas desde hace tiempo. Pero Ptolomeo Sotero no había leído a Xenius. Inclínabase sin duda a confundir facilidad y claridad. Así, pues, como hubiese recorrido, en el instante de la audiencia, la obra del sabio, y pretendiese él, extraño a las fatigas de la Geometría, entenderla sin esfuerzo, vióse no poco sorprendido, al encontrar la que él juzgaba obscuridad. Tranquilo e irónico, esperaba el sabio la real palabra. —¿No hay, preguntó el rey, para aprender la Geometría, un camino menos espinoso que el seguido de ordinario?— No, poderoso señor, contestó Euclides: no existe un camino hecho a propósito para los reyes.

3. — POINCARÉ Y LA CIENCIA COMO COSA ESTÉTICA

Este es un pedazo de la estatua arruinada. Pero es un pedazo de la frente.

Lleva el mismo nombre que la estatua hubiera llevado. Lleva el mismo nombre de Henri Poincaré.

Tras la curva noble de la frente, he aquí lo que la estatua piensa sobre el objeto de las matemáticas: las matemáticas tienen un triple objeto. Deben proporcionar un instrumento de observación de la naturaleza. Pero esto no es todo; las matemáticas tienen también un objeto filosófico; profundizan o ayudan a profundizar las nociones de número, de espacio, de tiempo. Pero esto no es todo aún: las matemáticas tienen igualmente un fin estético. Proporcionan placer, como danlo la música y la pintura. Por eso no vacilo en afirmar que las matemáticas merecen ser cultivadas por ellas mismas, aparte

de los útiles que sean a los conocimientos físicos, por otra parte, las matemáticas proporcionan a la Física la única lengua que ésta puede hablar. Una lengua científica bien hecha, es una cosa importante. El hombre desconocido que inventó la palabra "calor", ha condenado a error muchas generaciones. Se acostumbraron ellas a ver en el calor una substancia, simplemente porque era un sustantivo, y a creerla indestructible. En cambio, el que inventó la palabra "electricidad", tuvo la suerte inmerecida de dotar implícitamente a la Física de una ley nueva, que, por casualidad, parece exacta, hasta hoy por lo menos. Los escritores que embellecen la lengua, que la tratan como un objeto de arte, la convierten a la vez en un instrumento más ágil, más apto para expresar los matices del pensamiento. Del mismo modo, el matemático, al perseguir un fin puramente estético, crea la lengua en que la Física puede expresarse satisfactoriamente...

4. — VAN HELMONT INVENTA UNA PALABRA

Y esta palabra es *gas*. Van Helmont estudiaba —con la pasión febril de un químico que es aun un alquimista, de un médico que es aun un astrólogo—, los misterios de la combustión. Y para designar el sutil, volátil producto de ella, tomó, modificándola ligeramente, la palabra germánica *Geist*, que quiere decir "Espíritu". He aquí, pues, un momento admirable en la historia de la Ciencia: el mundo de lo suprasensible paga al mundo de lo sensible una deuda secular. Mucho tiempo antes, el día remoto en que los hombres se dieron cuenta de que eran propietarios de un alma, tuvieron que buscarle nombre, por metáfora, entre los objetos materiales. Así ella fué llamada "mariposa" (como en *psyjé*, *psiquis*), o "soplo" (como en *pneuma*). Pero día vino en que el conocimiento de la Naturaleza se refinó también. El sabio no conocía únicamente groseros objetos, sino substancias que empiezan a escapar a los sentidos. No se habla aún de "electricidad" —¡la genial creación mitológica!—, no se habla aún de "radioactividad", no se habla aún de *eones* y de *energía*. Pero ya los gases en los laboratorios, aun sombríos, del Renacimiento, se han dejado estudiar. Y, para designarlos, cualquier nombre del usual vocabulario de lo físico parece basto e impropio. Entonces es cuando Van Helmont viene y les llama, con una audacia muy dichosa, *espíritus*.

EUGENIO D'ORS.

LENGUAJE Y ESTILO

EL LENGUAJE POÉTICO

En los tiempos primitivos de la humanidad, el lenguaje poético fué un dominio sacro en un triple sentido: era capaz de despertar una experiencia religiosa; significaba la máxima expresión del carácter numinoso del cosmos y establecía la máxima distancia entre ese carácter y el contenido de lo cotidiano. Esta atmósfera sagrada del lenguaje poético no depende, sin embargo, como cree el positivismo, de la mente primitiva, ni significa un estadio perimido del alma humana, sino que es inherente a la naturaleza misma de toda poesía. Por eso, la singularidad lingüística, metafórica o imaginativa, con que pretenden destacarse las épocas barrocas, el alejandrismo, el post-renacimiento, el modernismo, etc., denota un proceso de reasunción de lo sagrado por la vía de la excelencia verbal o de una estructura poética minuciosamente labrada. Este proceso renueva el poder del signo poético y funda un vínculo entre experiencia lírica y lenguaje que suple la caducidad de lo primigenio, de lo numinoso, tal como se daba en las épocas primitivas, en que lenguaje y poesía resultaban idénticos. Esa singularidad alejandrina crea además, en forma renovada y con un ritmo peculiar, la tensión entre el ámbito interiorizador de lo poético y el ámbito práctico de lo coloquial y cotidiano. Quiero decir, en otras palabras, que el lenguaje de Calimaco, Propertio, Góngora, Hölderlin o Mallarmé es en último término una nueva manera de suscitar en el lenguaje la operación de lo sacro.

Por otra parte, la relación entre el lenguaje poético y la experiencia poética, por un lado, y entre lenguaje poético y la realidad, por otro, significa uno de los problemas fundamentales de la realidad humana misma y de su conexión o contraposición con la realidad de las cosas. En otras palabras, es el ámbito del lenguaje poético el que demuestra el orden cualitativo de la experiencia que lo ha promovido y elaborado. Esa experiencia promotora, que subyace por así decir en el lenguaje y que debe en cierto modo ser recompuesta por cada oyente, intérprete o lector, además de ser absolutamente cualitativa, sin nexo alguno con la esfera de lo técnico

LENGUAJE Y ESTILO

o con un proceso racional, denota la existencia de una comunicación entre cosmos y hombre, patente en el acto de inspiración lírica e implícita en la elaboración del lenguaje que la traduce. Sin embargo, y en forma aparentemente contradictoria, el lenguaje poético señala la absoluta racionalidad de esa experiencia y a través de ella la de toda la realidad, aunque su carácter más distintivo, en tanto que poesía, no sea la racionalidad, sino la glorificación. Tal es el sentido último del proemio hesiódico a la *Teogonía*, el pasaje famoso del *Ion* platónico (553d-534e), los intensos hexámetros lucrecianos, compuestos para el libro I de su poema *De rerum natura* y que constituyen, con ligeras variantes, el proemio del libro IV, el pasaje sobre la vocación poética en las *Geórgicas* de Virgilio, libro II, v. 475 y sgs., y la oda primera de Horacio.

A su vez la relación entre lenguaje poético y mundo concreto, ya sea el mundo cósmico o el mundo espiritual, señala que ese cosmos no consiste en la yuxtaposición de entidades clausuradas —piédras unas junto a otras, más árboles, aguas y estrellas— o en un orbe agregado a otro, o en un sistema contrapuesto a otro, sino que lo que hace existir las cosas son los vínculos que secretamente las sostienen, y que su individualidad, cerrada y particular, es un efecto del poder creador de esos vínculos. Por eso todo lenguaje poético, toda gran poesía, despierta, a través de una experiencia concreta, el sentimiento y la visión de esos vínculos, y la realidad deja de ser el espectáculo de cristalizaciones rígidas para transformarse en una apertura, la apertura de una cosa respecto de otra, la apertura del todo en relación con el hombre, hasta confluir en un ritmo, es decir, en un movimiento cargado de un significado último y profundo. En este sentido, toda poesía auténtica es un conocimiento, pero no un conocimiento de la individualidad clausurada, ni tampoco de la universalidad abstracta; es el conocimiento del existir como un sistema, como una estructura de nexos creadores. Por este motivo, es efecto espiritual de toda poesía un sentimiento de totalidad, ausente en la percepción de lo individual, y en la inferencia dialéctica, en sentido estricto. Hölderlin ha dejado páginas luminosas sobre estos problemas, tanto en el plano de la reflexión filosófica, cuanto en el de la creación poética. Me refiero, de modo particular, a su esbozo sobre el modo de operar del espíritu poético, por una parte, y por otra, a su poema *Dichterberuf* (Oficio de poeta) 1. Asimismo es en Rilke